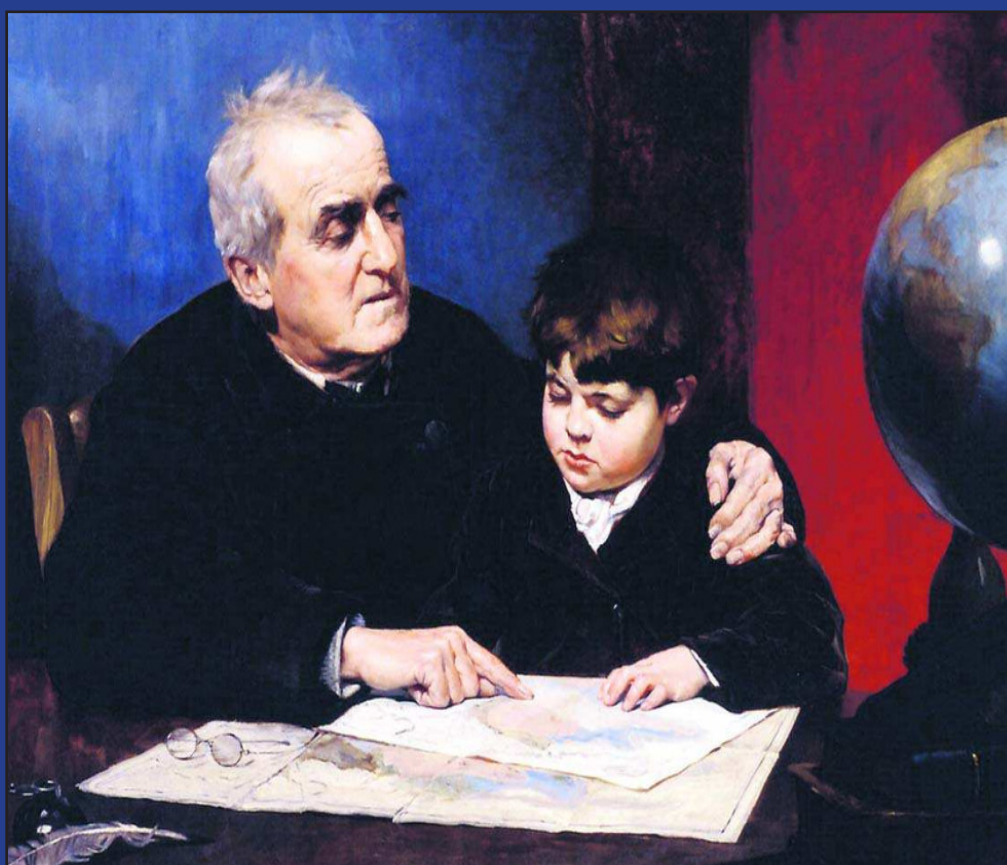


Francisco Taboada

El maestro



Anagnórisis

1ª edición, 2012

Ilustración de cubierta: *La lección de geografía* (1883) de Alfredo
Valenzuela Puelma

**Reservados todos los derechos. No se permite reproducir ni
transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que
sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares
de los derechos de la propiedad intelectual.**

© Editorial Anagnórisis

© Francisco Taboada, 2012

ISBN: 978-84-15507-13-0

Depósito legal: B-23010-2012

Nota del autor

El Maestro es una obra dramática breve que facilita la presencia de los actores jóvenes y primerizos en el escenario, les ayuda a familiarizarse con las tablas y a sentirse espectadores privilegiados e implicados a la vez. Inicialmente, está pensada para 20 actores, que durante la obra estarán casi todo el tiempo sentados, haciendo de figurantes, con intervenciones cortas y distanciadas, para que adquieran seguridad. Sin embargo, puede ser representada de un modo más arriesgado por seis o siete actores valientes que, en ese caso, deberán utilizar caracterizaciones sencillas para asumir todos los papeles. Es una obra abierta, no hay intriga, no contiene en su transcurso claves vitales sin las cuales deja de funcionar el conjunto, lo que la hace idónea para improvisaciones y todo tipo de ampliaciones de texto. También funciona como

teatro leído en el aula escolar, ya que hay poca acción; es estática, y apenas requiere escenografía, bastan unas mesas y unas sillas. Su temática es la apropiada para la edad, incita al debate, es polémica, y esto sirve de motivación para aproximarse a un texto nada complejo y de fácil puesta en escena. Estamos hablando por tanto de una herramienta teatral específica cuyos protagonistas, los actores, e incluso el director si lo hubiera, deben ser preferentemente jóvenes, aunque el público puede ser de su misma edad o adulto: padres y profesores. Por supuesto, se puede representar sin la etiqueta «juvenil» y con cualquier escenografía posible, sin que por ello pierda el interés o resulte infantil, ya que el Odio, la Justicia y la Responsabilidad Moral, son temas universales, preocupaciones comunes. Conviene resaltar el tratamiento nada complaciente de estos temas en la obra: la intención de desvelar los mecanismos del odio, la endeblez y lejanía de la justicia, y el cinismo de la sociedad actual tan propensa a eludir cualquier responsabilidad. Por este motivo, para evitar una huida fácil, el escenario escogido para *El Maestro* es un pueblo pequeño, con seis familias, en

invierno, incomunicados por la nieve. Un estereotipo, un tópico de película de terror, casi un género literario que aporta un clima inicial tenso, evita perderse en explicaciones y redundante en la imposibilidad de escape. El espectador, sea joven o adulto, deberá tomar postura.

Nada más comenzar *El Maestro*, notamos en su tono un cierto cansancio y negatividad. Una sensación que, durante el trascurso de la obra, se va acrecentando. Como si llegáramos a una realidad consumada, vista para sentencia. En la primera escena ya sabemos que han matado al Maestro, que es la tercera noche que pasan los vecinos con las luces de sus casas encendidas, que duermen de día, que se sienten moralmente acorralados e incapaces de encontrar una solución. Están rendidos, agotados, y sus conversaciones tan sobadas que se han convertido en torturas verbales que solo sirven para sacar lo peor de cada cual. Ni el conocimiento exacto de los hechos y sus motivaciones sirve de consuelo. La verdad, una vez más, se presenta aquí como algo innecesario e indeseado, sus profetas como unos monstruos, y las respuestas «naturales» como una solución

transitoria, elude el castigo sin aportar elementos que arriesguen por una justicia sana, aunque sea con carácter excepcional. No hay cohesión grupal, los vecinos no pueden ni se atreven a ser una nueva Fuenteovejuna, algo demasiado ingenuo para unos tiempos tan complejos. Incluso el hecho de ser un pueblo juega en su contra. Están indefensos, viven en el culo del mundo, son los últimos parias de la tierra, los que si progresan acabarán en el suburbio de una ciudad. Subyace en la obra, por tanto, una denuncia y un lamento. Hemos contaminado el campo con nuestra manera de ser despiadada y, ahora, todos somos urbanitas, impersonales seres de colmena. Hemos destrozado el último refugio que nos quedaba.

Queramos o no, el campo ya no existe. Las premisas que lo conformaban se vinieron abajo hace tiempo, y la vida aislada y autosuficiente es un mero exotismo. El automóvil, la radio, el teléfono, la televisión, internet, han comunicado a la gente y, hoy en día, «campo» es lo que hay entre dos ciudades y «campesino» un individuo al que hay que expropiar sus tierras para plantarle una autovía. El modo

de vida rural ha cambiado radicalmente. La mecanización, las cuotas impuestas, la vigilancia estrecha del ganado, los controles de calidad han entregado el campo a las grandes marcas y corporaciones, y ahora una huerta sencilla sale más cara, por los necesarios pesticidas, que comprar verduras de plástico en el hipermercado. Los campesinos trabajan en fábricas, en la construcción, de temporeros, y en nada se diferencian del urbanita, salvo en el abandono de su entorno. La ambición es la misma. Los pueblos se asocian en la actualidad a un comportamiento tribal, endogámico, con corruptelas, impunidades, primitivismo moral y necesidad conservadora, y no se les augura otro futuro que el turismo selectivo. Hace tiempo que las tradiciones en ellos depositadas dejaron de ser modelos a seguir para volverse folklore de fin de semana. Durante mucho tiempo se ha mantenido que la sociedad rural tenía algo que enseñar a la urbana, que la huida masiva del campo hacia la ciudad dejaba algo atrás, algo que una vez perdido ya no se recupera, y que regresar al campo es volver a un mundo más auténtico y primordial. Pura nostalgia, romanticismo de chimenea.

El campo ya es pasado, nuestro pasado, y al pasado nunca se regresa. Se evoluciona desde él, para bien o para mal. En consecuencia, los personajes de *El Maestro* somos nosotros, disfrazados de campesinos en vías de extinción. Y su fatalismo es espejo de nuestro pensamiento débil y claudicante.

Después de lo dicho, cualquiera podría pensar que es perversamente nihilista escribir una obra de teatro como *El Maestro*, en estos tiempos en que la Esperanza es una deidad, y, además, dirigirla en concreto a los jóvenes, teniendo en cuenta que es una edad en la que fácilmente se los puede conducir al desconcierto, pero la realidad es desoladora y cualquier revulsivo que incite a la reflexión y active el mecanismo de respuesta razonada resulta de utilidad. Tenemos que pensar más, y mejor. Hay urgencia en esta propuesta, tanta como hay en la sociedad actual por remover los cimientos y generar un cambio sustancial, el principio de algo nuevo para todos. En realidad, *El Maestro* persigue que los actores le cambien el final, que se atrevan a hacerlo, que la conviertan en un objeto de desguace. Y

que también lo haga el espectador, pero sin caer en la trampa de los personajes, la trampa de nuestra sociedad, que es cambiar los hechos para ajustarlos a nuestras necesidades, cuando no a nuestros caprichos. Para lograrlo, el lenguaje de la obra es crudo, los personajes hablan sin tapujos, se lo dicen todo a la cara, no hay intimidad y todos los secretos han sido desvelados. Han cruzado el límite. Hay un muerto, y la muerte es siempre concluyente. La muerte nos desnuda a todos. Es inapelable. Ni las explicaciones ni las disculpas han resucitado nunca a nadie. *El Maestro* funciona como un velatorio, te deja sin fuerzas y lo único que deseas es enterrar al muerto y seguir con tu vida. Pero matar imposibilita ese proceso, nada vuelve a ser igual. O no debería. Aunque la culpa es otro sentimiento que pertenece al pasado, a la religión que ya casi nadie practica y es asociada a la esclavitud de pensamiento. Hay en la obra un deliberado esquematismo cuyo objeto es delimitar los altos muros del callejón sin salida. Es duro aceptar que uno es la víctima y que vivir es lo único que ha hecho para merecerlo. Pero es lo que hay.

Francisco Taboada

El maestro
de Francisco Taboada

El Maestro es una obra que pretende facilitar la presencia escénica de los jóvenes. Puede ser representada de un modo coral por 20 actores o de un modo valiente por un mínimo de 6, que asumirán todos los papeles con sencillas caracterizaciones.

Dramatis personae

CASA DE PABLO: Pablo, *adolescente*
Claudita, *joven*
Justo, *padre*.

CASA DE RODRIGO: Rodrigo, *adulto*
Marta, *adulto*
Ramona, *anciana*

CASA DE MARÍA: María, *adolescente*
Sonia, *madre*
Mario, *padre*
Ana, *niña*

CASA DE JUANÍN: Juanín, *niño*
Rita, *niña*
Pele, *padre*

CASA DE JULIA: Julia, *adolescente*
Sebas, *padre*
Berta, *madre*

CASA DE LINO: Lino, *niño*
Juan, *niño*
Simón, *padre*
Maite, *madre*

Escenario

Barandilla y Poste de teléfonos.

ESCUELA,
casa del Maestro

CASA
DE PABLO

CASA
DE RODRIGO

CASA
DE MARÍA

CASA
DE JUANÍN

CASA
DE JULIA

CASA
DE LINO

Uno

Invierno. Pueblo de montaña. Seis casas, tres a cada lado, y una escuela en el centro. Cada casa está representada en el escenario por una mesa de cocina rodeada de sillas e iluminada permanentemente, aunque con distintas intensidades de luz a lo largo de la obra. La escuela es una gran mesa de despacho, ahora con la luz apagada, repleta de libros y carpetas. Al fondo, entre las sombras, un poste de teléfonos, y una barandilla rústica con el madero superior partido por la mitad.

CASA DE MARÍA

Luz fuerte.

MARÍA está sentada a la mesa, parece adormilada. Su amiga JULIA, con gorro de lana, guantes y bufanda, revolotea nerviosa a su espalda.

MARÍA.- No sigas con lo mismo, Julia, solo son imaginaciones tuyas. No hay un plano de la cabeza. No puede haberlo...

JULIA.- Sí que lo hay. Yo se lo vi mirar al Maestro muchas veces. Son dos hojas amarillas, pegadas con cinta aislante por la parte de atrás. Dos hojas de un libro grande, sueltas, no creo que llamen mucho la atención. Habrá que revolver entre sus papeles y sus cosas... nos llevará un rato largo.

MARÍA.- ¿Y si las hojas no sirven para nada? Nos vamos a pegar la paliza de ir hasta la casa del Maestro, con todo lo que nieva, para encontrar el qué. Si de verdad existe: ¿tú entenderías un plano de la cabeza?

JULIA.- Si no me queda más remedio, yo entiendo cualquier cosa. Esto es muy serio, María, por favor. Acompáñame.

MARÍA.- Estoy constipada.

JULIA.- No digas tonterías...

MARÍA.- ¡Yo no digo tonterías!

JULIA *se aleja de MARÍA. Pausa.*

JULIA.- (*Regresa junto a MARÍA.*) ¿Vienes o no?

MARÍA.- De acuerdo, pero vamos por la trasera del Pedregal.

JULIA.- Es mucho más largo.

MARÍA.- Lo sé, pero no quiero que Claudita nos vea.

JULIA.- Nos verá de todas formas. Claudita lo ve todo, no seas boba.

MARÍA.- No me llames boba, Julia, eso se acabó. Te advierto que...

JULIA.- Lo siento... No te llamo boba, perdona, perdona y

perdona... (JULIA *se sienta al lado de* MARÍA.) Será lo que tú digas...

MARÍA.- Si no vamos por la trasera del Pedregal, Claudita nos encaja a Pablo.

JULIA.- En eso tienes razón.

Pausa.

MARÍA.- En serio, Julia, ¿qué narices crees que vas a sacar de un plano que no entiendes?

JULIA.- Palabras. Solo palabras. El Maestro miraba el plano de la cabeza y luego un diccionario... puede que haya alguna relación.

MARÍA.- Ojalá tardemos poco. Con solo pensarlo ya me estoy quedando helada. Subo a por el abrigo. ¿Quieres mis botas rojas y dejas aquí las tuyas?

JULIA (*Sonriendo*):- Vale, pero date prisa.

MARÍA *sale, regresa al instante con unas botas rojas y se las entrega a JULIA. Al salir de nuevo, se cruza con SONIA, su madre, que entra y toma asiento con gesto cansado.*

SONIA.- ¿Adónde vais?

JULIA.- A casa del Maestro.

SONIA.- ¿Lo sabe tu padre? ¿Es cosa suya?

JULIA.- No, es cosa mía. Pero sí que lo sabe... Tenemos que hacer algo.

SONIA.- Claro, sí, supongo que es mejor hacer algo.

Entra MARIO, padre de MARÍA. Saluda con la mano a JULIA, que se está calzando las botas rojas, e interroga a SONIA con un movimiento de hombros. SONIA niega con la cabeza. MARIO se

sienta a la mesa, también cansado. Regresa MARÍA, abrigada y con una linterna en la mano.

MARÍA (*A JULIA:*).- ¿Vamos? (*A sus padres:*) Tardaremos un rato, hasta luego.

JULIA.- Adiós.

MARIO Y SONIA.- Adiós.

JULIA y MARÍA *se marchan. Pausa.*

MARIO.- Julia es como su padre, siempre arrastrando a la gente.

SONIA.- Eso es culpa de la gente. Si la gente no la siguiera, no arrastraría a nadie... Espero que no cojan frío, vuelve a nevar.

Pausa.

MARIO.- El Maestro escogió a Sebas porque es el más listo del pueblo.

SONIA.- No vuelvas con eso, Mario. Cada uno es listo a su manera y tú vales tanto como Sebas, o más.

MARIO.- Pero tú hubieras preferido casarte con él.

SONIA.- Y tú preferirías largarte con Claudita, si pudieras escoger.

MARIO.- Claudita es una niña.

SONIA.- Tiene diecisiete años, y si ahora mismo llama a la puerta y te dice que la sigas, tú nos abandonas. No coges ni el tabardo.

MARIO.- Eso es mentira. Mi mujer eres tú.

SONIA.- Ya, y por eso después de cada visita de Claudita,

desde que tenía cuantos, ¿diez años?, a lo mejor tengo que darle las gracias...

MARIO.- ¿De qué hablas?

SONIA.- Ella viene, se va, y antes de una hora tú me lo haces. Pensando en ella, supongo.

MARIO.- ¡Qué barbaridad! No deberías hablarme así, suena sucio.

SONIA.- Suena como es, Mario. La culpa es tuya, no haberme dicho que hubiera preferido a Sebas. Me casé contigo, tenemos dos hijas, nunca he estado con otro. ¿Cómo puedo saber yo lo que hubiera preferido? Además, ¿importa algo?

Pausa.

MARIO.- Dices cosas muy raras, Sonia. Tú antes no hablabas

así.

SONIA.- Yo antes no hablaba. Ni tú tampoco. Pero ahora nuestra vida corre de boca en boca. ¿Qué perdemos con sincerarnos?

MARIO.- Lo perdemos todo. La sinceridad tiene un límite, debe tenerlo, o acabaremos meando desde el tejado para que nos vea todo el pueblo. (*Pausa.*) Hay una intimidad a la que no llegan las palabras. (*Pausa.*) Puede que hablar no sea tan bueno como piensas.

SONIA.- De alguna forma hay que pasar las horas.

MARIO.- Enredando en la mierda, no.

SONIA.- ¡Dios, qué suplicio!

Pausa.

MARIO.- Hay que tener mucho cuidado con las palabras, lo arrastran todo.

SONIA.- Para mí no hay nada más horrible que tener que medir las palabras...

MARIO.- Pero hay que hacerlo, Sonia. De lo contrario diremos lo que no queremos oír. ¿No te das cuenta? Tú hablas, yo hablo, y me oigo diciendo que hubiera preferido que el Maestro me escogiera para matarlo.

SONIA.- ¡Maldito Maestro! Nos está volviendo locos. Alguien tiene que ser el primero en apagar la luz.

Luz suave, mantenida.

CASA DE PABLO

Luz fuerte.

CLAUDITA *intenta empujar un baúl grande hacia la mesa, donde está sentado JUSTO, su padre. Su hermano, PABLO, sentado en el suelo, está engrasando una trampa de hierro desvencijada.*

CLAUDITA.- ¡Pablo, ven aquí!

PABLO.- Estoy con la trampa del oso.

CLAUDITA.- ¡Te he dicho que vengas aquí! (*A JUSTO:*) ¿Papá, puedes ayudarme con el baúl?

JUSTO.- ¿Qué pasa con el baúl?

CLAUDITA.- Quiero moverlo, para ver mejor.

JUSTO.- Lleva treinta años en el mismo sitio y tú quieres moverlo ahora, a la una de la madrugada...

CLAUDITA.- Y qué más da la hora, si dormimos de día tendremos que vivir de noche, digo yo. (*Tira del baúl.*) Tengo que vigilar la ventana de Rodrigo, necesito el baúl para verles la cara y leer sus labios.

JUSTO.- Estás loca, niña.

CLAUDITA.- ¡Yo no estoy loca! (*Pausa.*) Eres tú, que no quieres hacerte cargo de lo que pasa. (*A PABLO:*) Pablo, ponte el chaquetón y te acercas a la casa del Maestro. Julia y María acaban de pasar por el Pedregal. Recuerda, esto no es un juego; nada de bromas, déjate ver.

JUSTO.- (*Se levanta para ayudar a CLAUDITA.*) Me estás asustando, hija.

CLAUDITA.- Es que es para asustarse.

PABLO.- No quiero salir, hace frío. Me parece una bobada.

CLAUDITA.- ¿Digo yo bobadas?

PABLO.- No.

CLAUDITA.- Te diría yo que hicieras algo, sabiendo que puedes coger una pulmonía y, encima del trabajo de siempre, tendría que ocuparme de ti y hacerte sopa de gallina y llevártela a la cama. ¿Lo haría?

PABLO.- ¡No! Y deja de hablarme como a un crío, que te pones ridícula.

CLAUDITA.- Entonces...

PABLO.- ¡Ya voy!

JUSTO.- Hija, no debes hablar así a tu hermano.

CLAUDITA.- Pues dile tú lo que tiene que hacer, papá.

JUSTO.- Que haga lo que sea, pero sin gritar. Tenemos los nervios destrozados.

CLAUDITA.- Mejor, así estamos alerta. Los demás tampoco duermen. Tú me dirás qué pintan a estas horas de la madrugada dos niñas caminando bajo la nieve hacia la casa del Maestro.

JUSTO.- Yo no sé nada.

CLAUDITA.- ¡Tú nunca quieres saber nada!

JUSTO.- No me hables así.

CLAUDITA.- Perdona, papá.

JUSTO.- No tengo nada que perdonar.

CLAUDITA.- No empecemos.

Entre los dos, colocan el baúl junto a la mesa. CLAUDITA se sube encima, luego a la mesa y, desde allí, de puntillas, mira hacia la casa de Rodrigo.

Luz suave, mantenida.

CASA DE RODRIGO

Luz fuerte.

En un lado de la mesa, MARTA y RODRIGO pelan patatas sobre un periódico y las meten en una cazuela. Enfrente de ellos, RAMONA escoge lentejas y deja las piedras en un plato.

MARTA.- A nosotros lo que más nos conviene es quedarnos fuera de este asunto. En realidad no nos afecta, no tenemos hijos y, de lo que ha pasado, sabemos poco, como quien dice rumores...

RODRIGO.- Sabemos lo que nos cuentan los críos de al lado, Marta, lo mismo que saben los demás. Tener o no tener hijos no viene a cuento. ¿Verdad, mamá?

RAMONA.- A mí no me metas en eso. Los hijos que no habéis tenido son cosa de Dios.

MARTA.- Pues ya va siendo hora de que se ocupe de nosotros.

RODRIGO.- ¡Marta!

RAMONA.- Déjala, total una blasfemia más... Si blasfeman hasta los niños, por culpa del dichoso Maestro. (*Pausa.*) A veces pienso que no era maestro, que vino aquí porque se equivocó de camino, igual que los turistas que llegan en verano y se les muda la cara al darse cuenta de que no han llegado al Cerro. Llevo toda la vida aguantando sus malos gestos, parecen siempre la misma persona, como si les repartieran máscaras de idiotas al principio de la cuesta. Dan lástima. Los de la ciudad solo saben perderse. Y el Maestro se perdió, para desgracia nuestra.

RODRIGO.- Si Pele no le hubiera dado aquella paliza el segundo día de clase, las cosas hubieran sido diferentes.

RAMONA.- No lo creas, hijo, hubiera sido lo mismo. Más despacio, pero lo mismo.

Pausa.

MARTA.- Hay luz de linternas en la escuela. Serán los niños.
¿No vamos a enterarnos de lo que hacen, Rodrigo?

RODRIGO.- Vigila un poco. Y si ves pasar a Pablo, le haces una seña y le pides que venga.

MARTA.- Hace mucho frío. No me hará ni caso.

RODRIGO.- Enséñale la ristra de chorizos y verás como viene.

MARTA *mira con asombro a* RODRIGO.

MARTA.- No puedo creer que hayas dicho eso, Rodrigo.

RODRIGO.- Es cosa de acostumbrarse, ¿verdad, mamá?

RAMONA.- Verdad.

Pausa.

MARTA.- Odio no saber lo que pasa. Nadie nos cuenta nada.
Si al menos hubiéramos tenido hijos...

RODRIGO.- Ahora estarían enfermos por culpa del Maestro.
Y tendríamos que tomar decisiones...

MARTA.- Ese es el problema, Rodrigo: la decisión. En este pueblo ya nadie sigue la ley de Dios y la pueden emprender con nosotros. Saben que tenemos conciencia y que eso nos obliga a denunciarlos.

RODRIGO.- Cosa que, por cierto, no vamos a hacer. Somos creyentes, pero no somos estúpidos. (*Pausa.*) Tenemos disculpa. Nosotros lo intentamos, rezamos, teníamos

miedo y, cuando llegó el momento de llamar, el teléfono estaba roto.

MARTA.- Pero no lo está.

RODRIGO.- Cuando venga Pablo le decimos que se rompió.
Es más, vamos a romperlo ahora mismo, para que él lo vea roto.

RAMONA.- (*Se pone en pie, dispuesta.*) Yo lo rompo.

MARTA.- Entonces estaremos desvalidos, como quien dice en las manos de Dios.

RAMONA.- No las hay mejores, ¿no te parece?

Pausa.

MARTA.- No me gusta. Para mí eso es... pecado...

RAMONA.- Pecado de necesidad, hija, hay que estar al detalle.

MARTA.- A Dios no se le engaña.

RAMONA.- No olvides que Dios es bondad y, si hacemos mal,
Él sabrá comprender nuestras debilidades.

RODRIGO.- A fin de cuentas, nuestro único juez es Dios y a
Él ya lo conocemos desde hace tiempo.

MARTA.- No seáis infames, con Dios no se negocia.

RODRIGO.- Claro que se negocia, pero con mucha humildad
y respeto. Somos sus criaturas, sus hijos.

MARTA.- Qué sabrás tú de hijos.

Pausa.

RAMONA.- Romperé el teléfono y traeré la Biblia.

Necesitamos consejo.

RAMONA *sale*. RODRIGO y MARTA *siguen pelando patatas*.

Luz suave, mantenida.

ESCUELA, casa del Maestro

JULIA *enciende la luz del despacho y apaga su linterna. Comienza a revolver entre los libros*. MARÍA *intenta abrir los cajones del escritorio, pero están cerrados con llave*. Entra PABLO, *agitado*.

JULIA Y MARÍA.- ¡Hoooola, Pablo!

PABLO.- ¡Hoooola, chicas! ¿Qué hacéis?

PABLO *apaga su linterna y la deja sobre el escritorio*.

JULIA.- Buscamos un plano de la cabeza.

PABLO.- ¿De la cabeza de quién?

JULIA.- Del único que podía tener un plano de su cabeza...

PABLO.- Ya... ¿Y para qué lo queréis?

JULIA.- Para entender lo que hizo el Maestro.

PABLO.- Hizo que lo mataran, Julia, y además nos avisó nada más llegar.

JULIA.- Ya lo sé, pero ¿por qué hizo que lo matara mi padre?

PABLO.- Casualidad. El mío también lo hubiera hecho, y con gusto.

MARÍA.- Y el mío.

JULIA.- El tuyo no, María.

MARÍA.- Pues sí, guapa. También mi padre lo hubiera matado.

PABLO.- Hasta Simón, que es pacifista, le pegó. Y con el puño bien cerrado, y muy fuerte. No debía estar acostumbrado, tuvo que vendarse la mano... El Maestro era un mal bicho.

JULIA.- Y más listo que una serpiente. Por eso creo que tenía un plan, primero hipnotizarnos como a una presa y luego meternos su veneno. Para el Maestro odiar y vivir eran la misma cosa.

PABLO.- A mi hermana no le va a gustar que le cuente esto. Ella también dice que tenía un plan. Claudita dice que...

MARÍA.- Ya sabemos lo que dice tu hermana, que todo lo sabe y todo lo quiere enredar.

PABLO.- Y de paso matarme a mí de frío. ¿Qué tal si me

contáis vuestra idea? Un resumen para la prensa, chicas, así acabamos cuanto antes y tengo algo que llevarle a Claudita.

MARÍA.- Serías un buen periodista, Pablo.

PABLO.- Querrás decir un buen dependiente de hamburguesería...

JULIA.- Callaros los dos. Y tú, Pablo, no hables como el Maestro. María tiene razón, serías un buen periodista.

PABLO.- Venga, chicas, que me aburro.

Pausa.

JULIA.- Para empezar, tenemos que encontrar el plano de la cabeza. Son dos hojas con cinta aislante negra, puede que asomen de un diccionario. Vamos a buscar primero aquí, en el despacho, que es donde yo le veía mirarlo.

Después, en el resto de la casa.

MARÍA.- Y sin prisa, que buscar mal es peor que no buscar.

JULIA.- Hablas como tu madre, hija.

MARÍA.- ¡Es que soy su hija, lista!

Pausa. Los tres buscan el plano por el despacho, con las linternas.

PABLO (*Con la voz ronca, enfocándose la cara con la linterna:*).-

Yooo soy el Maestro...

JULIA.- Pablo, por favor...

PABLO (*Voz ronca:*).- ¡Yo soy el Maestro! Y estoy loco...

MARÍA (*Voz ronca:*).- Estoy loco. He venido a morir a este pueblo porque deseo pasar mis últimos días entre pobres y analfabetos. Porque vosotros sois pobres y

analfabetos, poco importa que sepáis leer y escribir porque no entendéis nada.

JULIA (*Voz normal, triste*):- No entendéis nada. No sois nadie y no le importáis a nadie. Puede que alguno de vosotros consiga salir de este pueblo, si es mujer servirá para cajera de un hipermercado y, si no tiene suerte,...

MARÍA.- Si no tiene suerte, acabará puta.

PABLO.- Acabará puta. Y si es hombre a cavar zanjas y, si sale listo, tal vez llegue a peón de la construcción. Peón de la construcción.

Pausa.

JULIA.- ¿Nos veía de verdad el Maestro? ¿Sabía que éramos niños?

Luz suave, mantenida.

CASA DE JULIA

Luz fuerte.

SEBAS, *vestido de calle, repeinado, pasea nervioso alrededor de la mesa.* BERTA, *también lista para salir, pero con la ropa arrugada, como si hubiera dormido con ella puesta, disimula su derrota pasando fotografías de una caja vieja de cartón a una nueva.*

BERTA.- *(Enseña una foto a SEBAS, que se detiene a mirarla un instante y sigue paseando.)* Cuando Julia tenía cuatro años... aquello que me dijo el afilador de cuchillos, aquel que era tan viejo, el que dejó de venir... puede que ahora ya esté muerto...

SEBAS.- ¿Qué dijo?

BERTA.- Ya sabes lo que dijo, te lo he contado mil veces...

SEBAS.- Entonces qué...

BERTA.- He pasado la noche, bueno el día, en la cama,

pensando en ello. (*Pausa*) Hasta que el afilador me lo dijo, Julia no me parecía una niña tan especial. Luego me fijé más en ella, y cada cosa que me llamaba la atención se la hacía notar a ella, y ella comenzó a fijarse en todo, y entonces fue cuando de verdad empezó a ser especial... No sé, las palabras del afilador nos cambiaron a ella y a mí. Los adivinos no aciertan el futuro, lo provocan.

SEBAS.- Yo no creo en los adivinos.

BERTA.- Ni yo tampoco, por eso lo digo. Pero ocurre que Julia es especial gracias a aquellas palabras. Mi miedo a equivocarme por orgullo, a no tratarla como alguien especial cuando un extraño me había dicho que lo era... ¿Entiendes?

SEBAS.- Puede que sea porque, en aquel momento, sí creías en los adivinos, y ahora has dejado de creer. (*Pausa.*) Las creencias dejan secuelas. Si no, mira cómo estamos. Parece que esperamos un castigo por algo que yo he

hecho y que me parece...

BERTA.- ¿Bueno?

SEBAS.- No, natural. Pero de ese natural que es bueno...

Pausa.

BERTA.- ¿Qué pasó en realidad, Sebas? Tuvo que ser algo más que los insultos, porque a ti con insultos nunca te ha movido nadie. Tú sabes de sobra quién eres, no necesitas que alguien como el Maestro vengan a decírtelo.

SEBAS.- Eso pensaba yo... Pero ese hombre sabía jugar con las palabras, y con los silencios y los gestos... Lo que importa no fue que me llamara infeliz, o que dijese que Sebastián es un nombre de criado, eso son cosas que se dicen en las tabernas el día de la fiesta, para repartirse unos sopapos. (*Pausa.*) Lo que importa es lo que no dijo. Importa su actitud, lo sobrado que iba el hombre, como

si se creyera que podía actuar con total impunidad. Parecía estar diciéndome que mi miedo a la justicia impediría que lo matase, y que, entonces, podría hacer conmigo lo que quisiera y... y con esa arrogancia del que declara una guerra convencido de que habrá otras batallas en el futuro. Entonces le empujé. En cierto modo se llevó una sorpresa. (*Pausa.*) Pero le empujé sin demasiada fuerza, él puso mucho de su parte, se notaba que estaba por la labor. (*Pausa.*) Le vi sonreír mientras caía, y desde el fondo de la Barranca, todo roto, pero terco, reuniendo fuerzas para morir con aquella carcajada.

BERTA.- Se oyó desde aquí.

SEBAS.- Tuvo que oírse a kilómetros. Me recordó a los asesinos de la tele, un loco, un psicópata de esos.

BERTA.- Debimos echarlo del pueblo al día siguiente de su llegada, atarlo a una escalera, como a un enfermo, y bajarlo al valle.

SEBAS.- Tampoco dio tiempo. Pele ya le había dado la paliza y, en ese estado, no lo podíamos llevar a ninguna parte.

BERTA.- Se lo tenía merecido. Pele hizo bien.

SEBAS.- Ya, pero nosotros acabamos de fastidiarlo cuando le pegamos en grupo. Hasta Simón y Claudita, quién lo iba a decir.

BERTA.- Y yo no le di porque no tenía hueco...

SEBAS.- En realidad, yo no maté al Maestro, yo solo lo rematé. Todos estábamos de acuerdo en que había que matarlo, incluso él, sobre todo él.

BERTA.- No se puede llegar a un pueblo como este y decir esas cosas el primer día de clase. Yo pensé que Julia exageraba, como tiene tanta imaginación. Lo espantoso fue que María dijera lo mismo, como el resto de los niños.

SEBAS.- El Maestro fabricaba maldad con las palabras, de alguna manera había que pararlo.

BERTA.- No comprendo cómo consiguió que los niños se acuerden de memoria de todas esas barbaridades que decía.

SEBAS.- Lo malo se recuerda mejor que lo bueno...

BERTA.- Julia pasó demasiado tiempo a su lado, me da miedo pensar el daño que ha podido hacerle. Espero que encuentre algo en la escuela, y pronto. Por nosotros, pero sobre todo por ella. Pobre hija.

SEBAS.- A mí lo que me preocupa es que Simón también tenga la luz encendida. Esperaba un gesto de él... pero es de fuera... nunca se sabe.

BERTA.- Es tu amigo.

SEBAS.- Eso habrá que verlo.

Luz suave, mantenida.

CASA DE LINO

Luz fuerte.

MAITE y SIMÓN *están haciendo collares: ella mete cuentas de vidrio de colores y él hace los cierres con alambre dorado. Sus hijos, LINO y JUAN, están terminando una partida de palillos chinos.*

MAITE.- Yo no me voy a marchar del pueblo, Simón. Esta vez no, y menos por este motivo. Si fuera por la gente de aquí, vale, pero por el Maestro, un loco de ciudad, ni hablar. Nosotros somos ya de este pueblo, nuestros hijos han nacido en esta casa, escogimos quedarnos. Puedo imaginarme la vida lejos de aquí, pero no quiero.

SIMÓN.- Corremos peligro, Maite. Todo el pueblo sigue con

las luces encendidas... El miedo solo trae desgracias.

MAITE.- Exageras. Yo no voy a echar a correr. Antes...

SIMÓN.- ¿Antes qué? ¿Te vas a defender?

MAITE.- No creo que nadie me ataque.

SIMÓN.- Ya ha muerto un hombre.

MAITE.- Eso no era un hombre.

SIMÓN.- Lo que fuera, pero Sebas lo mató y todos nosotros lo sabemos.

MAITE.- ¿Y qué?

JUAN.- (*Vigilando desde el borde de la mesa a que LINO retire el palillo que le toca sin mover los demás.*) Somos cómplices, mamá.

LINO.- (*Retira el palillo. Sonríe.*) Te toca... Una comunidad humana, malo, malo.

MAITE.- ¿A qué viene eso, Lino?

LINO.- Lo decía el Maestro. Decía que siempre que dos seres humanos se juntan el resultado no puede ser otro que la maldad.

JUAN.- Y también decía que nosotros, este pueblo, somos reclusos de la nieve, y que basta con presionarnos un poco para que nos devoremos los unos a los otros.

LINO.- Y que somos previsibles, y que no podemos evitar ser como somos porque ninguno de nuestros pensamientos nos pertenece...

MAITE.- Eso a mí me suena. Ese discurso... Toda aquella demagogia, Simón.

SIMÓN.- Sí, por la edad del Maestro, puede ser.

MAITE.- ¿Y cómo se desmonta la demagogia?

SIMÓN.- Votando al demagogo, para que se calle.

MAITE.- En serio.

SIMÓN.- No sé, ofreciendo alternativas y aclarando los términos, supongo. El problema de la gente que dice la verdad así a lo bestia, como el Maestro, es que acaba convenciéndonos de que la verdad existe. Y lo consiguen por el impacto, porque concedemos demasiada importancia a la sinceridad, al hablar con el corazón en la mano y lágrimas en los ojos.

JUAN.- Eso mismo decía el Maestro.

SIMÓN.- ¿El qué?

JUAN.- Decía que la verdad no existe, que se inventó para engañar a los bobos como nosotros.

LINO.- La verdad es un engaño bobos, el mayor de los fraudes, decía el Maestro. Y hablaba y hablaba, y nunca paraba de hablar.

MAITE.- Un resentido, Simón, está claro. Como tu hermano pequeño, que te desmonta cualquier discurso y, si le haces caso, acabas invirtiendo en bolsa para salvar el Amazonas.

SIMÓN.- Mi hermano es muy retorcido, pero se compromete.

MAITE.- ¿Y nosotros no, por vivir en el culo del mundo?

SIMÓN.- Esa historia ya está gastada, Maite... A mí no me importan los motivos que tenía el Maestro para ser lo que era. Todo el mundo tiene motivos, todo el rato, y cuanto más poderosos son los motivos, más cruel se

vuelve la persona.

JUAN.- Así hablaba el Maestro.

LINO.- Como vosotros ahora.

MAITE.- Gracias, hijo.

LINO.- Es verdad, mamá. El Maestro empezaba a hablar y nada más empezar ya parecía que nada tenía remedio...

JUAN.- Conozco el argumento, conozco el argumento, decía, como si ya hubiera visto esa película....

MAITE.- Hemos tenido amigos que acabaron así, ¿verdad, Simón? Gente que evoluciona hacia el cinismo y, como tienen preparación académica, se vuelven muy peligrosos para los demás.

SIMÓN.- Locos ilustrados... (*Con guasa.*) Puede que los

contrate el Ministerio de Educación para despoblar los lugares remotos como este. Maestros perversos, pirados, gente que transmite inseguridad para obligarnos a buscar refugio en la ciudad...

MAITE.- Y malgastar la vida buscando aparcamiento.

JUAN (*A LINO:*).- Demasiadas películas...

LINO.- Maestro sangriento, dos.

JUAN.- ¡La masacre!

Risas de los cuatro. Pausa.

SIMÓN.- Hay que acabar con esto. Voy a ver a Sebas.

MAITE.- Será lo mejor.

SIMÓN (*A los niños:*).- Y vosotros, ¿no podéis enteraros de lo

que hacen las chicas?

LINO.- Para eso está Pablo.

JUAN.- El mensajero de los dioses, el periódico que camina,
el reportero intrépido que cazaré el último oso.

MAITE.- Hace frío. A estos no los mueves de aquí.

LINO.- Te falta autoridad, papá.

JUAN.- Eres un buenazo.

SIMÓN.- ¡Menos cachondeo! (*Mira hacia el exterior.*) ¡Qué
manera de nevar!

Luz suave, mantenida.

CASA DE JUANÍN

Luz fuerte.

Sentado a la mesa, PELE come pan y chorizo a navaja. Sus hijos, RITA y JUANÍN, sentados en paralelo, un poco rígidos, hacen los deberes escolares.

JUANÍN.- Papá, ¿por qué tenemos que hacer los deberes si no hay escuela?

PELE.- Siempre hay escuela, todo es escuela. Y siempre hay que hacer... los deberes.

JUANÍN.- Qué suerte...

PELE.- ¿Prefieres que venga otro a hacer lo que tienes que hacer tú? ¿No querrás ser un listillo de esos?

JUANÍN.- ¡No!

Pausa.

RITA.- Entonces, papá, no entiendo para qué estudiamos.
¿No es para ser listos, y que otros trabajen por nosotros?

PELE.- No. No es para ser listos, es para entender a los listos.
Para que no nos engañen tan fácilmente y así evitar que nos obliguen a trabajar para ellos.

JUANÍN.- ¿Y entonces quién va a trabajar para los listos?

PELE.- No te preocupes, hay voluntarios de sobra. Todos los que aspiran a ser tan listos como los listos.

Pausa.

JUANÍN.- ¿El Maestro estaba loco, papá?

PELE.- Eso dice todo el mundo, pero yo le miré a los ojos y sé que no lo estaba. El Maestro era un cobarde. Un completo miserable. Y demasiado soberbio para reconocer que actuaba mal. Yo fui muy blando con él,

solo le di una buena paliza.

JUANÍN.- Le pegaste duro, lo oímos todos desde el pasillo.

PELE.- Y también oiríais que pedía más...

JUANÍN.- Pensamos que lo ibas a matar.

PELE.- Estuve a punto, y me arrepiento de no haberlo hecho.

Ahora es demasiado tarde.

JUANÍN.- ¿Te dio lástima?

PELE.- Creí que así le daba una lección, que si lo dejaba vivo le hacía más daño... No pensé en vosotros, y lo siento.

RITA.- Lo olvidaremos, papá. Una alimaña menos.

PELE.—No, hija, esto es diferente. El Maestro os maltrató a vosotros y luego vino a por nosotros, pero le tocó a

Sebas, y eso sí que es un problema. Algo va mal en el pueblo. Es el tercer día con las luces encendidas. Solo espero que a los listos no les dé por reunirse y aburrirnos a los demás, hablando y hablando y hablando...

Pausa

JUANÍN.- ¿Pegar a la gente es bueno?

PELE.- ¡Cómo va a ser bueno pegar a la gente, no digas tonterías!

RITA.- Pero tú solo te arrepientes de no haber matado al Maestro...

PELE.- Pero yo no he dicho que me parezca bueno.

RITA.- Pero, si es necesario, es bueno.

PELE.- Pero yo no he dicho que fuera necesario.

JUANÍN.- Pero... no lo entiendo.

PELE.- Es sencillo, Juanín. Yo pude escoger. Podía haber ido a la casa del Maestro, hacerle la maleta y echarlo del pueblo, sin un solo golpe. En vez de eso, le pegué.

RITA.- Entonces, ¿hiciste mal?

PELE.- Claro que hice mal. Y lo sabía. Y quise hacerlo.

RITA.- Entonces, eres... ¿un hombre malo?

PELE.- No, hija. Solo soy un hombre que intenta ser bueno, pero a veces hace cosas malas. (*Pausa.*) Al menos yo no soy como los listillos. Hagan lo que hagan siempre dicen que han hecho algo bueno, o necesario, o inevitable... Y luego le echan la culpa a la naturaleza humana, para intentar meternos a todos en el ajo. Les conviene justificar que haya violencia y provocarnos para que también nosotros seamos violentos. Así, además

de trabajar para ellos, matamos por ellos. Los listos gobiernan el mundo, y es bueno tener al mundo... un poco lejos.

Pausa.

RITA.- Y ahora, ¿qué va a pasar?

PELE.- No va a pasar nada. Nada de nada. De eso me encargo yo.

Dos

ESCUELA, casa del Maestro

Luz fuerte.

JULIA está comparando el Plano de la Cabeza con un diccionario ideológico. MARÍA y PABLO observan.

JULIA.- El plano encaja en el diccionario, las hojas tiene el mismo color y las mismas manchitas oscuras. Este diccionario acompañó al Maestro durante muchos años. Tiene su nombre y, por el año... nosotros no habíamos nacido todavía.

PABLO.- ¿Y qué vas a hacer con él?

JULIA.- No lo sé, Pablo. Mirarlo hasta que se me caigan los

ojos.

MARÍA.- (*Hojea el diccionario*) Hay muchas palabras subrayadas.

JULIA.- A ver...

Pausa.

PABLO.- Oye, chicas, hace mucho frío y yo quiero volver a mi casa. ¿Por qué no venís conmigo y miramos el diccionario con mi hermana?

JULIA.- De eso nada.

MARÍA.- Ha sido idea nuestra.

JULIA.- Mía.

MARÍA (*A JULIA:*).- Entonces vamos a tu casa, y luego ya le

contaremos a Pablo lo que sea.

JULIA.- No. Aquí tenemos todo lo que necesitamos, y no nos vamos a mover de aquí hasta que encontremos una solución.

Pausa.

MARÍA (*A PABLO:*).- ¿Puedes ir a mi casa y traerme un calefactor?

PABLO.- Yo, con tal de moverme, cualquier cosa. Así le cuento algo a Claudita, que estará muy nerviosa.

JULIA.- Tú dile lo que sabes. Que hemos encontrado una pista, palabras subrayadas... Si el maestro tenía un plan, puede que estas palabras sean la clave.

PABLO.- Le va a encantar. La Pista, el Plan, la Clave.

MARÍA.- Venga, date prisa, y trae el calefactor cuanto antes.

JULIA.- Y piensa en una solución.

PABLO.- ¿Yo? Una solución, ¿a qué?

MARÍA.- A todo, Pablo, a todo.

PABLO.- Bien, ya pensaré en Todo. Hasta luego.

MARÍA.- Hasta luego.

PABLO *sale*.

JULIA.- Tenemos que buscar más. Puede que haya también algún diario, una nota, pruebas, lo que sea. Vamos a mirar en los cajones de la derecha.

MARÍA.- Están cerrados.

JULIA.- Mejor. A patadas.

MARÍA.- ¡Julia!

JULIA.- Venga, adelante, dale con cualquier cosa. No disimules, que te encanta.

MARÍA.- ¿El qué?

JULIA.- Robar cosas.

MARÍA.- ¡Pero qué dices!

JULIA.- Venga, sin disimulos. Por ejemplo, la pulsera de Rita... que yo sepa...

MARÍA.- Solo esa vez, porque me cae mal.

JULIA.- Ya, y a mí. Pero no se la has devuelto.

MARÍA.- ¡Ni pienso!

JULIA.- Y aquella peonza de Pablo que tiraste a la Barranca y no querías decirle...

MARÍA.- Julia, somos amigas. ¿Qué te está pasando? No me digas eso.

JULIA.- Las verdades a la cara.

MARÍA.- Hablas como el Maestro.

JULIA.- En todo no podía equivocarse. A las personas se nos ve desde niños, se sabe en qué vamos a acabar.

MARÍA.- Me das miedo, Julia.

Pausa.

JULIA.- Estoy asustada. Mi padre ha matado a un hombre,

yo tengo que encontrar una solución, y solo tengo catorce años.

MARÍA.- Tranquila, Julia, ya se arreglará.

JULIA.- El Maestro dijo que en este país se detiene al ochenta por cien de los asesinos, y, si son pobres, a todos.

MARÍA.- Nosotros no somos pobres, Julia. Eso eran cosas del Maestro. Pobres son los pobres de la tele, que no tienen ni una torta que llevarse a la boca.

JULIA.- Nosotros igual. Ahora ya sabemos que no le importamos a nadie, que nunca dejaremos de ser lo que somos, que no tenemos futuro...

MARÍA.—Eso no es verdad, el Maestro le llamaba futuro a otra cosa... Yo no veo mal estar casada, y vivir aquí o en un piso de la ciudad, y trabajar de cajera en un supermercado. Tampoco es que me gusten mucho las

vacas...

JULIA.- Tú no te enteraste de nada de lo que dijo el Maestro.
Contigo su plan falló.

MARÍA.- ¿Por qué? ¿Por qué mis sueños son baratos?

JULIA.- No, porque no sabes ni que estás dormida.

MARÍA.- Te equivocas, yo no soy tan tonta... solo que me conformo; y sé que haciendo las cosas bien, con cariño y trabajo, mi vida no tiene por qué ser una mala vida, una vida desgraciada. Yo ya era realista antes de que llegara el Maestro. Al parecer, vosotros no. Con lo lista que eres, guapa, no entiendo cómo te engañó. Y a tu padre no digamos, ya se ha visto...

JULIA.- El Maestro calculó que íbamos a hacer esto...
Enfrentarnos.

Pausa.

MARÍA.- ¿Pudo hacer eso?

JULIA.- Sí. Creo que sí. Y tengo que averiguar cómo, para así poder frenarlo. Puede que nosotros seamos un experimento del Maestro. No verá el resultado, pero eso no significa que no supiera lo que iba a suceder.

MARÍA.- Deberíamos pedir ayuda.

JULIA.- Lo haremos. Pero somos unas crías, aquí lo que cuenta es lo que hagan nuestros padres. (*Pausa.*) Venga, dale.

MARÍA *golpea la mesa del despacho con rabia. Rompe varios cajones. Se retira, satisfecha, jadeando.*

MARÍA.- Romper cosas... te deja muy a gusto... Debería haber... por todas partes... cosas para romper.

JULIA *ríe a carcajadas*. JULIA y MARÍA *no desaparecen de escena, siguen actuando, en segundo plano, pero sin que podamos oír su conversación. Buscarán en los cajones, no encontrarán nada, y se dedicarán a mirar el diccionario hasta su próxima intervención. Luz fuerte, mantenida.*

CASA DE JULIA

Luz fuerte.

SEBAS *está sentado a la mesa, parece más calmado. Entra BERTA con SIMÓN, que lleva el abrigo puesto.*

BERTA.- Pasa, Simón, y acércate al fuego.

SIMÓN.- Gracias, Berta. (*Se sienta enfrente de SEBAS.*) Tenemos que hablar, Sebas.

SEBAS.- Hablar, hablar. No sabemos hacer otra cosa.

SIMÓN.- Oye, ¿por qué seguís con las luces encendidas?

SEBAS.- He matado a un hombre.

SIMÓN.- Venga, Sebas, eso ya pasó, hay que seguir adelante.

SIMÓN *se aproxima a SEBAS y le coge por los hombros. SEBAS se revuelve.*

SEBAS.- Quita hombre, que esto es muy grave.

SIMÓN.- *(Se separa de SEBAS.)* Ya lo sé. Por eso es importante apagar la luz.

BERTA.- *(Se sienta junto a SEBAS.)* La primera noche dejamos la luz encendida por respeto, Simón. Además, en aquellas condiciones, no había manera de dormir.

SEBAS.- Entonces es cuando empezamos a hablar. Hablar sin parar.

SIMÓN.- ¿Vosotros dos, solos?

SEBAS.- No, casi todo el rato con Julia, María, siempre con niños delante...

SIMÓN.- Como nosotros. Y cuando los niños no están, le damos vueltas a lo que han dicho, que es la voz del Maestro, lo que el Maestro decía.

BERTA.- La segunda noche, Julia sospechó algo. Nos dijo lo mismo que tú, que era muy importante apagar las luces y marcharnos a la cama.

SIMÓN.- Y lo hicisteis. Casualmente yo estaba mirando...

SEBAS.- ¿Casualmente?

SIMÓN.- Estaba mirando. Mis hijos me preocupan...

Pausa.

SEBAS.- Yo no sé qué hacer, Simón. Es como si el tejado

de la casa se fuera a desplomar sobre mi familia y lo único que me preocupa es que funcionen las bombillas para verlo mejor... (*Pausa.*) Tuve que volver a encender las luces, Simón. Tenía miedo. Estuve a punto de llamar por teléfono y entregarme a los guardias. Hubieran venido, en el land rover o en helicóptero...

SIMÓN.- No te preocupes, diremos que fuimos todos.

SEBAS.- Como en Fuenteovejuna, ¿no? Despierta, Simón, esto es muy serio, ese miserable me ha destrozado la vida. Ahora toca cuesta abajo... y cuando caes, no te acompaña nadie.

SIMÓN.- Tampoco nadie te va a denunciar.

SEBAS.- Eso se lo cuentas a otro. Los secretos no existen, Simón. Todo el mundo lo cuenta todo, y todo el rato. (*Pausa.*) Hasta en confesión. En este pueblo hay gente que cree en Dios, no sé si lo sabes.

SIMÓN.- Nadie cree en Dios en contra de sus intereses, no aquí. (*Pausa.*) De acuerdo, vamos a ponernos en lo peor. Supongamos que yo mismo llamo por teléfono y te denuncio. ¿Qué ganaría?

SEBAS.- No irías a la cárcel.

SIMÓN.- Eso es mucho suponer. Ya han pasado tres días. Tú mataste al Maestro y en todo este tiempo nosotros no hemos avisado a los guardias. Somos cómplices. Y te hubiéramos ayudado de no ser tú tan...

SEBAS.- ¿Lanzado?

SIMÓN.- Consecuente.

SEBAS.- Consecuente con qué, Simón. A la gente no se la mata, y mucho menos si te lo piden.

SIMÓN.- El Maestro actuó muy rápido, Sebas, no nos dio

tiempo a defendernos. Se puede decir que él te obligó.

SEBAS.- Tonterías, quise hacerlo, no me dejé convencer, me daba cuenta pero no quise evitarlo... Iré a la cárcel.

SIMÓN.- No, no irás. Los abogados...

SEBAS.- ¿Los abogados? ¿Los de quién? La justicia no hace eso, Simón, la justicia no deja libres a los asesinos. Además, ¿qué historia les voy a contar? Solo soy un hombre de pueblo, aquí puedo ser alguien, pero en el juzgado seré un paleta cualquiera. Me interrogarán, me lo sacarán todo, y no sabré ni cómo lo han hecho. No hay defensa posible contra esa gente.

SIMÓN.- Eso es mentira, Sebas. Los juicios son otra cosa, son acuerdos. Si hablamos todos en tu favor, saldrás absuelto. Además, al Ministerio de Educación le conviene tapar este asunto.

SEBAS.- Eso si el Maestro era de verdad maestro... Da igual, la cárcel no me la quita nadie.

SIMÓN.- Hombre, para salvar las apariencias, puede que unos meses...

SEBAS.- Lo suficiente. Las personas como yo no pueden ir a la cárcel. En la cárcel te faltan al respeto; acabarían conmigo, yo no duro allí ni cuatro días. (*Pausa.*) Creo que mi única salvación será contratar un abogado muy caro.

SIMÓN.- Te echaremos una mano.

SEBAS.- Hablo de mucho dinero, Simón. Quizá todo lo que tengo. Vosotros no podéis ayudarme, aquí vivimos con lo justo.

SIMÓN.- ¿Y nuestras casas?

SEBAS.- Nuestras casas solo valen la vida que llevamos en ellas, y nadie nos ha dado jamás un préstamo sobre estas paredes. Vosotros comprasteis la vuestra por un precio ridículo, y ya fue bastante milagro vuestra llegada. Que yo sepa, os habéis dejado todo el dinero de la artesanía en comer y en arreglarla. Vivís aquí, somos vecinos, nos tenemos aprecio, pero tú sabes que sois una rareza. Al principio venían a veros vuestros amigos de la ciudad, por la curiosidad, y se quedaban unos días. Ahora ya no. ¿Crees que recuperarías tu dinero, Simón, conoces algún jipi?

SIMÓN.- No me llames jipi.

SEBAS.- Perdona. (*Pausa.*) Tú sabes que no encontrarías a nadie que te compre la casa. Estás tan atrapado como nosotros. Somos gente sin importancia. Yo iré a la cárcel para no perjudicar más a mi familia, y allí me matarán. (*Con ironía:*) Ahora que lo pienso, también me puedo suicidar, que está de moda entre los asesinos.

SIMÓN.- Y antes haces un seguro de vida para que lo cobre tu familia, ¿no? *(Pausa.)* Mira, Sebas, en situaciones como esta, la cabeza hace con nosotros cosas muy raras, y debemos pasar de ella y darle otra oportunidad, o las que sea, hasta que se vuelva sensata. Descansa, al día siguiente las cosas siempre se ven mejor.

SEBAS.- Duermo por el día, no creas que estoy cansado, lo que pasa es que cada vez lo veo peor. Julia ha ido a la escuela, dice que el Maestro estaba loco y que tenía un plan escrito para hacernos daño. Un esquema de un libro, no sé qué.

SIMÓN.- Julia es una chica muy despierta, Sebas, pero eso suena muy enrevesado y fantasiosos. ¿No te lo creerás?

SEBAS.- Menos es nada.

SIMÓN.- Haz lo que quieras pero, por favor, cuando vuelva Julia debéis apagar las luces o pensaremos que tenéis

miedo de nosotros.

SEBAS.- Es que cualquiera de vosotros puede delatarme.

SIMÓN.- Voy a hacer como que no he oído eso, Sebas.

(Pausa.) Debemos reunirnos, todo el pueblo. Mañana al mediodía, cuando estemos despejados, o cuando sea, pero que sea cuanto antes.

SEBAS.- No deberían estar los niños.

SIMÓN.- Deberíamos estar todos. En la escuela.

SEBAS.- Peor sitio, imposible.

SIMÓN.- Pues no hay otro. Me voy, ¿de acuerdo?

SEBAS.- Ya veremos.

SIMÓN (*A BERTA:*).- Berta, procura que se calme.

BERTA.- Bien, Simón, gracias por venir.

Luz fuerte mantenida. SIMÓN sale y cruza por mitad del escenario hasta su casa.

CASA DE RODRIGO

Luz fuerte.

PABLO *come chorizo con pan, de pie, bailoteando de frío.* MARTA y RODRIGO *están sentados a la mesa.* RAMONA *esgrime en una mano un aparato de teléfono roto y en la otra la Biblia.*

RAMONA.- ¡Menuda ocurrencia la de Julia: un plan, un montón de palabras! Escucha, Pablo, nosotros no necesitamos las palabras del Maestro. Nosotros ya tenemos la Biblia, y aquí se nos dice claramente lo que debemos hacer.

PABLO (*Masticando*).- ¿En dónde?

RAMONA.- ¡Cómo que en dónde! ¿Te quieres hacer el gracioso

conmigo?

PABLO.- (*Deja de masticar y deposita con cuidado el bocadillo encima de la mesa.*) No es eso, señora Ramona. Yo solo les digo lo que Julia me ha dicho; y si luego alguien me pregunta qué dicen ustedes, entonces: ¿qué digo?

RODRIGO.- No te líes, chaval. Tú dices lo que te acaba de decir mi madre, que nosotros tenemos la Biblia y que eso está por encima de cualquier diccionario. (*Pausa.*) En la Biblia las palabras están ordenadas, ¿no sé si lo entiendes? Y no por orden alfabético.

Pausa.

PABLO.- O sea, que ya saben lo que van a hacer.

MARTA.- No añadir leña al fuego. (*Pausa.*) Por nosotros, está bien.

PABLO.- ¿El qué?

RAMONA.- ¡Lo que esté bien!

PABLO.- (*Recupera el bocadillo y le da un mordisco.*) ¿Y no me pueden dar... una pista? Ayudaría mucho. Si saben en qué capítulo de la Biblia está la solución...

RAMONA.- ¡Qué chico más torpe! La Biblia es la solución. Allí está la solución, no dónde...

PABLO.- (*Devora el final del bocadillo y se sacude las manos.*) ¿Y todo eso cómo lo cuento yo? Me gusta que los entrevistados se expresen con sus propias palabras...

MARTA.- ¡Escucha bien, gamberro! Si alguien apaga la luz, nosotros seremos los siguientes. No los primeros, pero siempre los siguientes...

PABLO.- Entendido.

RODRIGO.- Está en manos de Dios decidir. Lo que sea, será.

PABLO.- No sé si podré memorizar tanto...

MARTA.- (*Mirando por la ventana*) Tu hermana hace gestos, te está llamando.

PABLO.- Entonces, me voy.

RODRIGO.- Cuando sepas algo nuevo, te pasas por aquí...
Nosotros tenemos el teléfono roto.

RAMONA *agita el aparato y se encoge de hombros.*

PABLO.- Lo recordaré. (*Pausa*) Más noticias, cuando salga la primera edición.

PABLO *sale* y RAMONA *lo acompaña.*

RAMONA.- ¿Te ha gustado el chorizo? Era de jabalí. No es lo

mismo que un oso, pero... ¿cómo va la trampa?

PABLO.- Muy bien, señora Ramona. Cuando llegue el oso, la trampa estará allí esperando. Pero la rabiosa actualidad me tiene muy ocupado, duro oficio el mío.

PABLO *sale y cruza el escenario hasta su casa.*

RAMONA.- Que Dios nos ampare.

Luz fuerte mantenida.

CASA DE PABLO

Luz fuerte.

CLAUDITA *recibe ansiosa a PABLO y le acompaña hasta la mesa, donde está sentado* JUSTO.

CLAUDITA.- ¿Entonces qué ha dicho Julia?

PABLO.- Julia quiere saber por qué el Maestro escogió a su padre. Tiene un libro, con un esquema, y palabras subrayadas. Puede que haga una lista y así la ponemos en la pared, como un calendario, para seguir los acontecimientos.

CLAUDITA.- Tonterías de esa cría. Y de su padre, de Sebas, de lo que hace, ¿qué ha dicho?...

PABLO.- Nada más.

CLAUDITA.- ¿Por qué no apagan la luz?

PABLO.- No lo sé.

CLAUDITA.- ¿Y para eso te mando yo allí? ¿A qué has ido luego a casa de Rodrigo?

PABLO.- Me llamó Marta...

CLAUDITA.- Ya vi que te llamaba. ¿Qué les has dicho?

PABLO.- Lo del libro.

CLAUDITA.- Y qué han dicho...

PABLO.- Que ellos van a seguir lo que diga la Biblia.

CLAUDITA.- Pues la Biblia es una masacre, estamos apañados.

PABLO.- Ellos creen que nos hemos vuelto todos locos y para evitar la tentación de llamar a los guardias, han roto el teléfono. Quieren apagar las luces.

JUSTO.- Si todos queremos apagar las luces, ¿por qué no lo hacemos?

PABLO.- Ellos tampoco saben.

CLAUDITA.- Tienes que volver a la escuela y quedarte con Julia y María.

PABLO.- Hace frío. Y tengo hambre.

JUSTO.- ¿No te han dado de comer donde Rodrigo?

PABLO.- Un poco. Y la señora Ramona ha intentado sobornarme hablando de la trampa del oso. Están asustados. Yo creo que no saben, no contestan.

CLAUDITA.- Entonces, reportero, debes ir donde está la noticia.

PABLO.- Otro soborno vergonzoso... *(Pausa.)* ¡Qué gracia!

La gente me sigue la corriente y saca cosas de mí... Soy bobo...

CLAUDITA.- No hables como un colgao, niño... Vete donde Julia, y cuando tengas algo que contarme vuelves. ¿Dijeron algo malo de nosotros?

PABLO.- Que eres una cotilla. De lo otro, nada.

CLAUDITA.- ¿Por qué tenían que mencionarlo?

PABLO.- No lo mencionaron.

CLAUDITA.- Pero por qué tenían que mencionarlo...

PABLO.- Ya te he dicho que no lo hicieron.

CLAUDITA.- No olvides que el Maestro estaba enfermo y quiso enfermarnos a todos.

PABLO.- ¿Pero es verdad? Lo tuyo y papá.

JUSTO.- ¡Pablo!

CLAUDITA.- Claro que no es verdad, Pablo, no seas idiota...

Venga, haz lo que te he dicho.

PABLO.- Aunque me mientas, yo siempre te voy a creer a ti primero.

CLAUDITA.- Haces bien, porque además no miento.

PABLO.- ¿Y la merienda?

JUSTO.- Que te den de comer allí, o en la siguiente casa. Tú eres un servicio público.

PABLO.- ¡Más sobornos!

PABLO *sale y sigue camino hasta la casa de* MARÍA.

Luz fuerte mantenida.

CASA DE MARÍA

Luz fuerte. SONIA y MARIOA juegan a las cartas con su hija menor, ANA. Llega PABLO, ANA corre a recibirle y lo trae de la mano.

ANA.- Viene a por el calefactor. Parece que Julia y María se quedan en la escuela ¿Puedo ir?

SONIA.- ¡No! Pero sube a por el calefactor de tu hermana. (A PABLO:) Entra, Pablo, ¿quieres unas nueces?

PABLO.- Claro. Pero tengo prisa, las chicas se estarán congelando...

SONIA.- Pues llévate unas pocas, para el camino. ¿Hay novedades?

PABLO.- (Cogiendo nueces.) El Maestro tenía un plan para destruirnos.

MARIO.- ¡Mira qué bien! ¡Destruirnos! Como si fuéramos...

SONIA.- Mario, hombre...

MARIO.- Ya me callo.

PABLO.- Pero yo no sé nada, no conozco los detalles. Julia y María andan en ello.

ANA llega con el calefactor. Se lo entrega a PABLO.

ANA.- ¿Puedo ir?

SONIA.- Ya te he dicho que no.

ANA.- ¿Y a casa de Lino, a jugar?

SONIA.- Eso sí. Pero no quiero que vayas sola.

PABLO.- Ya la llevo yo.

SONIA *mira a MARIO y este se encoge de hombros.*

SONIA.- Bien, pero te quiero aquí antes de que anochezca.

ANA.- Ahora es de noche, mamá.

SONIA.- Pues antes de que amanezca... Qué mal ha sonado eso...

MARIO.- Mejor, te quedas en casa de Lino hasta que regrese María y te vaya a buscar.

ANA.- Vale.

ANA y PABLO *salen. Cruzan el escenario hacia casa de LINO.*
Pausa.

SONIA.- También, Mario... en vez de estar todo el rato de mal humor, podías hacer algo. Hasta los niños hacen algo.
(Pausa.) Pobre Pablo, se esfuerza por agradar a todos,

como pidiendo disculpas por cosas que no han sucedido.

MARIO.- Las mentiras del Maestro, jugar con la afinidad natural entre las personas y ensuciarlo todo. Que si Claudita y su padre, que si tú y Sebas, que si Blanca ha abandonado a Pele... Mentiras... Y si fueran verdad tampoco le importarían a nadie.

SONIA.- Importan a los niños. El Maestro hizo algo más que mentir sobre nuestra intimidad. El Maestro puso palabras a lo que estaba escondido, y eso es cruel. Ha destrozado a nuestros hijos. A los niños hay que mentirles, si sospecharan lo que se les viene encima se colgarían de los árboles. Se supone que es la vida la que acaba contigo, no tú con la vida... Es como si les hubiese animado a dejar de comer porque cansa masticar.

MARIO.- Los niños no son tan tontos y aguantan más que nosotros. Los niños olvidan. (*Pausa.*) ¿Tú te acuerdas de don Rafael?

SONIA.- Poco.

MARIO.- Pues en la escuela te hacía llorar, un día sí y otro también.

SONIA.- Y tú me consolabas. Con caricias en el pelo, de eso me acuerdo.

MARIO.- Una sola vez, Sonia.

SONIA.- ¡Muchas!

MARIO.- No, una sola. Tres caricias, una tarde de sol, muerto de vergüenza. Pero tres caricias superan en tu recuerdo a varios años de malos tratos de aquel maestro. Y no era tan malo, por cierto, solo que a ti te tenía manía.

SONIA.- Me acuerdo más de don Serafín.

MARIO.- Por aquí han pasado mucho maestros, y siempre

con la idea de marcharse antes de llegar. Y lo siguen haciendo.

SONIA.- Píntalo como quieras, pero este maestro, el Maestro, era diferente. Ahora, está muerto. Y las luces siguen encendidas.

MARIO.- Tranquila, ya las apagaremos. Cuando pasen estos tres días de luto, todo volverá a ser normal.

SONIA.- No creo... El Maestro nos quitó demasiadas cosas, no tenemos palabras para oponer a las suyas. ¿Qué les vamos a decir a los niños? En realidad, lo que debemos hacer es escucharles y aprender.

MARIO.- ¿Para que nos digan lo que ya sabemos?

SONIA.- Muchas cosas no las sabes hasta que se las oyes decir a otra persona. Yo ahora creo que don Rafael me trataba mal en la escuela, porque tú me lo has dicho, y

te creo, pero hasta hace un instante casi ni me acordaba de él.

MARIO.- Lo que te hacen importa. Pero lo que tú haces con ese recuerdo es lo importante.

SONIA.- Aunque te esfuerces, ciertas cosas no hay manera de tomártelas a bien... Sebas no debió matar al Maestro.

MARIO.- Vamos mal. Ya empezamos a arrepentirnos. (*Pausa.*)
Que no se te olvide que nosotros apoyamos a Sebas. Le debemos demasiado, y mentiremos si es necesario.

SONIA.- Pensé que estabas celoso de él...

MARIO.- Eso es otro tema. Estamos hablando de un muerto y hay que tenerlo claro: Sebas nos sacó a todos las castañas del fuego y debe salir bien de esta.

SONIA.- O sea, no apagaremos la luz hasta que él lo haga.

MARIO.- Eso es lo que hay.

Luz fuerte sostenida.

ESCUELA, casa del Maestro

MARÍA y JULIA, *solas en la mesa, con el diccionario y el Plano de la Cabeza.*

MARÍA.- ¿Por qué el Maestro subrayó palabras... sobre minerales? ¿Pensaba que somos piedras? ¿Hay alguna clave?

JULIA.- Yo creo que el Maestro no pensaba. Ya no pensaba cuando llegó al pueblo. Fue como si estuviera borracho y vomitara sobre nosotros.

MARÍA.- Y los subrayados son vómitos... ¡qué asco!

JULIA.- Sigamos. En este cuadro solo tenemos: Risco, Peñasco y Alumbre. ¿Tienes Alumbre?

MARÍA.- Sí. Dice: sal blanca y astringente que se usa en tintorería y farmacia. Y en Astringente pone: alimento o medicina que astringe...

JULIA.- Un alimento y una medicina...

MARÍA.- Astringir es apretar, estrechar, contraer alguna sustancia los tejidos u otros elementos orgánicos...

JULIA.- Nosotros.

MARÍA.- También sujetar, obligar. Y...

JULIA.- Déjalo, nos podemos perder por las ramas. En este cuadro las cosas están bastante claras. Primero, el Maestro nos enferma, y después nos acorrjala para que la enfermedad se contagie a todo el pueblo. Y encima

tiene el descaro de considerar eso como una medicina.

Pausa.

MARÍA.- ¿No te volvía loca escucharle todo el rato? Era como tener la radio puesta dentro de la cabeza.

JULIA.- Me parecía fascinante oír a un adulto diciendo esas cosas. También así se aprende. El Maestro, en alguna parte, seguía siendo maestro, y quería enseñar.

MARÍA.- Esto es muy grande para nosotras, Julia.

JULIA.- Pero no tenemos otra cosa, María. El diccionario y la tele, ya lo decía el Maestro. Para no sentirnos solos, abrimos la ventana de la tele y vemos lo que hay en el mundo. Los guionistas no tienen imaginación suficiente para inventar tanto. La realidad se les cuela por las rendijas y al final todo queda al descubierto.

MARÍA.- Un maestro te dice que leas libros, no que veas la tele. Puede que el Maestro no fuera maestro.

JULIA.- Hay que serlo para hablar de esa forma tan especial. No era un mal maestro. Lo que pasa es que solo enseñaba de cada cosa lo que más daño nos hace. Escucharle era... como caer en un zarzal. Quieres salir de él, y sabes que te vas a hacer más daño saliendo que quedándote quieta, pero, ¿durante cuánto tiempo puedes estar así?, la zarza va a seguir creciendo y no te puedes quedar pasmada para que te devore como a una mosca.

MARÍA.- Igual que la araña... Como una araña viciosa. ¿Por qué el Maestro desveló secretos sobre el sexo, por vivir solo?

JULIA.- ¿Y por qué habla la tele tanto de sexo, y las películas, y todo el mundo en todas partes?

MARÍA.- Para que estemos enfrentados, siempre enfrentados.

Hasta dentro de casa...

JULIA.- Unos contra los otros, y todos contra cualquiera, y cuantos más se pequen mejor.

MARÍA.- El Maestro era como Simón, que es de ciudad...

JULIA.- Ten cuidado, María.

MARÍA.- Lo sé. Simón y Maite son muy buena gente, y si necesitara ayuda contaría con ellos.

JULIA.- Por eso lo digo.

MARÍA.- Lo que hizo el Maestro con nosotros está mal.

JULIA.- Bueno, todo lo que nos hace daño tampoco está mal...

MARÍA.- Y todo lo que no está mal, puede que no sepa a café con leche, no te fastidia.

Pausa.

JULIA.- Las palabras, María, el problema está en las palabras.

En elegir solo las que te alejan de los demás... En el fondo, el odio que predicaba el Maestro ya lo conocíamos.

Un domingo aburrido, te pueden echar por la tele cosas terribles durante horas y no se te atraganta el bocadillo.

Te lo cuentan para que pienses que los demás son más miserables que tú, para consolarte. Pero llega el Maestro y te dice que todo es mentira. Que ahí afuera no hay nadie. Que no tienes con quién compararte y que toda la miseria humana posible la puedes fabricar tú misma.

¡Mierda!

MARÍA.- Repites sus palabras como un loro. Te he oído decir eso mismo al menos tres veces.

JULIA.- Es que lo tengo grabado. Basta con empezar y se despliega como una alfombra llena de peladuras de patata podrida.

MARÍA.- Ordenar así las palabras puede ser un tipo de enfermedad de las personas inteligentes.

JULIA.- El Maestro decía que la inteligencia sirve para encontrar siempre alguien a quien odiar, y así vivir como un cobarde.

MARÍA.- Por eso el Maestro escogió a tu padre. Porque sabía que tendría miedo e inventaría enemigos.

JULIA.- Mi padre no tiene miedo, sabe defenderse.

MARÍA.- Eso es, además sabe defenderse. Y ataca, manteniendo la luz encendida, como una fiera al acecho.

JULIA.- No ataca, se defiende.

MARÍA.- ¿De quién, de nosotros, que le apoyamos y queremos ayudarle?

Pausa.

JULIA.- ¿No te das cuenta de que es una trampa? Si en vez de ser mi padre fuera Pele, por ejemplo, se quedaría tan tranquilo en su casa, ordeñaría las vacas y, cuando llegaran los guardias, dependiendo de si tiene el día bueno o malo, se liaría a garrotazos con ellos o se marcharía al cuartelillo hablando de lo mala que salió la patata este año. Lo que no se le ocurriría es remediar un mal con algo peor.

MARÍA.- Pele no es tu padre, no compares.

JULIA.- Pues se trata de comparar. Los problemas graves siempre llegan cuando los inteligentes se empeñan en evitar que suceda algo que no sucedería si ellos se quedan quietos. Hay que apagar la luz. Ya se lo dije a mi padre.

MARÍA.- Entre todos encontraremos una solución. (*Pausa.*)

Sabes, Julia, yo no creo lo que decía el Maestro. Las cosas son como son, pero afortunadamente no estamos solos.

JULIA.- El Maestro andaba escaso de cariño. Eso no se aprende solo, se te pega en alguna parte, puede que en la ciudad...

MARÍA.- El Maestro dijo demasiadas cosas en muy poco tiempo. No sé, creo que deberíamos juntarnos todo el pueblo para hablar.

JULIA.- Todos pensamos lo mismo, pero no va a ser fácil. La gente está avergonzada ahora que no hay secretos... Es como estar todos desnudos, no tenemos costumbre.

MARÍA.- En los demás no hay tanta maldad como imaginamos... No hay que ser tan duros.

JULIA.- Cuanto más hablemos, será peor.

MARÍA.- Algunos pueden llegar a pensar que deben pedir perdón por sus pensamientos y sus deseos. Tenemos que callarnos.

JULIA.- Ni tan siquiera somos capaces de apagar la luz. (*Mira una hoja, anota algo y da su aprobación.*) No es la lista definitiva, pero servirá para que todo el pueblo sepa que esto estaba planificado, que no fue una casualidad.

Llega PABLO con el calefactor. MARÍA lo coge y busca un enchufe.

JULIA le da la lista a PABLO. PABLO lee. Pausa.

JULIA.- Sería mejor que primero la leyera mi padre.

PABLO.- Si reúno a los niños, podrían copiarla. Ana ya está en la casa de Lino, solo tendría que recoger a Rita y a Juanín... aunque ese igual no quiere venir.

JULIA.- Buena idea.

PABLO sale. Luz fuerte mantenida. Luz suave, sostenida.

Tres

Las luces de todas las casas y las de la escuela encendidas.

CASA DE JULIA

SEBAS y BERTA, con PABLO, *que acaba de llegar y come galletas.*

SEBAS.- ¿Eso es todo lo que hay? Una lista con un centenar de palabra. ¿Ninguna nota de suicidio, ninguna prueba que me sirva ante un juez? Mi vida encerrada en un par de hojas, ¡quién da más!

BERTA.- Tranquilízate, Sebas, por favor.

SEBAS.- No me digas que me tranquilice. Voy a salir a cortar la línea de teléfono ahora mismo.

BERTA.- Entonces el pueblo quedará incomunicado.

SEBAS.- Nosotros siempre hemos estado incomunicados, este asunto lo resolveremos mucho mejor si nadie de fuera mete los morros.

PABLO.- En la lista figura Incomunicados.

SEBAS (*Con sorna:*).- Lo ves, Berta, lo dice la lista, lo decía el Maestro, no necesito ni pensar, todo está escrito.

BERTA.- Por eso mismo no debes hacerlo, Sebas.

SEBAS.- Por eso mismo no puedo evitarlo. ¿No habéis pensado que el Maestro necesitaba un verdugo y lo calculó todo para que yo no sea castigado?

BERTA.- Tenemos que acabar con esto, Sebas, no razones bien...

SEBAS.- Sí que lo hago. Aunque corte el teléfono, si hay una emergencia podemos arreglarlo en minutos, entre varias personas. Tres, como poco. Para cortarlo, me basto y me sobro, pero si hay que conectarlo de nuevo tendremos que hablar.

BERTA.- Hablemos antes. La gente se lo va a tomar a mal, no empeores las cosas.

SEBAS.- No quiero arriesgarme a que me denuncien antes de la reunión.

PABLO.- Siempre que dos seres humanos se juntan el resultado...

BERTA.- Pablo, por favor, eso es lo último que necesita mi marido.

PABLO.- Lo siento. (*Pausa.*) Julia me ha dicho que reúna a los niños pequeños para que copien la lista. Todavía hay

tiempo... En casa de Rodrigo el teléfono está roto, y los de mi casa no dirán nada, y en casa de María....

SEBAS.- Lo que quieras Pablo...Vosotros haced la lista, mientras tanto yo voy a cortar el teléfono.

SEBAS *se levanta de la mesa.*

BERTA.- ¡Sebas!

SEBAS *sale y, detrás, sale PABLO, que cruza el escenario hasta la casa de LINO.*

CASA DE LINO

Sentados a la mesa, ANA, LINO y JUAN jugando a los palillos chinos. Entra PABLO acompañado por SIMÓN y MAITE.

SIMÓN.- De modo que Sebas se está tomando en serio la historia de Julia.

LINO.- Argumentos, argumentos...

MAITE.- ¡Lino, cállate!

PABLO (*A SIMÓN:*).- Ha ido a cortar la línea de teléfono.

SIMÓN.- ¡Qué!

PABLO.- Dice que entre varias personas se podrá arreglar fácil. Solo es por precaución.

SIMÓN.- Pero Sebas no puede hacer eso. (*A MAITE:*) Maite,

llama ahora mismo a los guardias, mientras haya tiempo.

MAITE.- Yo no voy a llamar a los guardias, Simón. ¡No fastidies!

SIMÓN.- Hazlo, por favor.

MAITE.- ¡Hazlo tú!

Pausa.

PABLO.- Si llaman a los guardias, a Sebas no le va a gustar.

SIMÓN.- ¡Que se vaya a la mierda, no tiene derecho a cortar el teléfono!

JUAN.- Dos hombres cara a cara...

PABLO.- Siempre se enfrentan...

JUAN.- Y ninguno quiere perder.

SIMÓN.- ¡Callaros! Lo primero que haremos en la reunión será pedir que los niños olvidéis las tonterías del Maestro y prohibiros que las repitáis.

PABLO.- El Maestro decía que vosotros vivís de la bobada de la gente. Que la artesanía es un engaño...

SIMÓN.- Gracias, Pablo. Es un detalle por tu parte, supongo que tu familia opina igual que tú. Después de nueve años aquí, es bueno saberlo.

PABLO.- Yo solo digo lo que dicen.

JUAN.- Entonces, nunca dices la verdad, porque todos mentimos todo el rato.

Pausa.

MAITE.- Como puedes ver, Pablo, aquí ya tenemos suficiente basura del Maestro. Aparte de traernos la lista, has sido muy amable, ¿tienes algo más que decirnos, algún otro insulto?

PABLO.- No.

MAITE.- Pues largando, que es gerundio.

JUAN.- Mamá, el bocadillo.

MAITE.- Ah, perdona, Pablo, que tú sin bocadillo no te mueves. ¿Tienes frío, cariño?

PABLO.- Mucho.

MAITE.- Acércate al fuego, anda. ¿Salchichón?

PABLO.- Sí, gracias.

MAITE *indica con un gesto a JUAN que atienda a PABLO. Ella hace un aparte con SIMÓN, que está leyendo la lista. PABLO no les quita ojo.*

SIMÓN.- La lista del Maestro es una trampa descarada.

Fíjate aquí, cada palabra ha sido escogida por su carga de maldad, pero tiene un contrario. Da la impresión de que se puede escoger pero no es cierto. Los contrarios son de segunda fila, muy tendenciosos. Puedes escoger el punto de vista, pero sin desviarte de la trayectoria fijada.

MAITE.- Gafas de colores, pero el tren bien encarrilado.

SIMÓN.- Y Sebas lo ha comprendido.

MAITE.- Sebas no es tan listo.

SIMÓN.- Quizá no se trate solo de inteligencia, sino de capacidad operativa. En este pueblo, Sebas es la persona

más capaz de hacer cosas, de poner en marcha proyectos. Sabe tomar decisiones. Aunque no está claro si es capaz de cargar con la responsabilidad de tomarlas.

MAITE.- Eso es lo que hizo el Maestro, atacar a la cabeza. Que sea el líder el primero en equivocarse. La comunidad herida. *(Pausa.)* Yo creo que Sebas está actuando como el tonto de la película. Cuando cortan el teléfono, ya sabes que ese tipo acaba mal. ¿Cuántas personas van a seguir apoyándole después de esto?

SIMÓN.- Hace un momento yo mismo estaba dispuesto a llamar a los guardias. Yo había cedido.

MAITE.- Yo no.

SIMÓN.- Dentro de un rato estaremos incomunicados, Maite. Sebas ha matado al Maestro y no se va a dejar encarcelar. A este pueblo vino un loco, vino a matarse matando, y le bastó un solo gesto, ni tan siquiera difícil:

hacerse matar, y el proceso se puso en marcha de forma irreversible. ¿Cuántos vecinos apoyan a Sebas? ¿Ese es el asunto? Una vez decidido a cuántos les parece bien que se haya cortado el teléfono, tendremos las fuerzas con que cuenta cada bando. Porque esto va de crear sensación de peligro. De montar bandos. Y luego a contabilizar las bajas. No lograremos ni reunirnos. Una película macabra, de serie B.

MAITE.- Tampoco hay para tanto, Simón, eres un derrotista.

Por ti nos hubiéramos marchado la noche en que murió el Maestro.

SIMÓN.- Esa fue nuestra única oportunidad...*(Pausa.)* Aquí la puerta cerrada es la nieve, y la llave que la cierra: el corte del teléfono. Estamos solos y lo único que tenemos que decidir es si el Maestro tenía razón y nos vamos a devorar los unos a los otros, o si por el contrario echaremos mano de toda nuestra bondad y solucionaremos este asunto con el menor perjuicio

posible. Los de esta casa siempre vamos a optar por la solución pacífica y, como no somos del pueblo, eso nos convierte en la víctima propiciatoria, los primeros en caer. No llamando por teléfono, nos hemos entregado.

MAITE.- Aquí no hay lucha alguna. Solo estamos aturridos por los acontecimientos. Y no olvides que somos demasiada gente no queriendo pegarse para que haya una pelea.

SIMÓN.- Lo que más nos conviene a nosotros es que esto no haya sucedido.

MAITE.- Exacto. *(Le hace una seña en dirección a PABLO.)* Eso es mejor que querer denunciar a Sebas, ¿no?

SIMÓN.- *(Mira a PABLO, escuchando a su espalda.)* ¿Se ha notado que era una broma, verdad? Sebas es nuestro amigo... muy amigo.

PABLO *sonríe, se termina el bocadillo y sale. SIMÓN deja la lista sobre la mesa y se retira con MAITE. Los niños comienzan a guardar los palillos chinos.*

ESCUELA, casa del Maestro

JULIA y MARÍA *con el diccionario y el plano de la cabeza.*

JULIA.- Primero dividir, María, y luego enfrentar. No hay otra alternativa, si la hubiera no seríamos lo que somos. El Maestro decía que estaba en nuestro interior, que no podemos evitarlo. Acabaremos matándonos.

MARÍA.- No te desanimes, Julia. Si el Maestro dejó un plano de su cabeza es para que tengamos posibilidad de evitarlo. ¿El Maestro sabía que tú le espiabas cuando miraba el plano? Porque yo también hice varios turnos de enfermera después de la paliza y, no se movía del camastro, ni me dirigía la palabra.

JULIA.- A mí sí. Hablábamos.

MARÍA.- ¡Qué valor, chica!

JULIA.- Era diferente, me dejé ir...

MARÍA.- Entonces, el plano es para ti, Julia. El Maestro te valoraba, te mostraba a ti la única posibilidad de salvarnos.

JULIA.- Lo que temo es que solo me estuviera informando. Como quien te da el esquema de una bomba con el cable azul y el cable rojo puestos de adorno. Una bomba que una vez montada no se puede desmontar. La naturaleza humana.

MARÍA.- O sea, que tu padre matará en primer lugar a Simón y a los suyos.

JULIA.- Eso parece. Llegaron de fuera, son la competencia intelectual, y en caso de ataque ellos podrían hacernos más daño.

MARÍA.- Y después a los demás.

JULIA.- Sí. Aunque mira la lista de palabras de la familia Militar. Después de Vigilancia y Guardia, o sea, las luces del pueblo encendidas, está la palabra Estratagema. Eso significa que, como Simón y Maite son personas inteligentes, pueden unirse a mi padre, salvarse ellos y escoger a otras víctimas, seres más débiles que pondrían en peligro el secreto de la muerte del Maestro. Por ejemplo, Claudita, que lo cuenta todo, o la familia de Rodrigo.

MARÍA.- Ahora que ya no hay secretos entre nosotros, tendremos un secreto de por vida ante los demás.

JULIA.- Los secretos no existen, todo el mundo puede hablar en sueños.

MARÍA.- Y bajo tortura, no te fastidia.

Pausa.

JULIA.- Estoy pensando, María, que quizás no sea bueno que les contemos a los demás lo que estamos descubriendo. Mejor... solo lo que nos interese.

MARÍA.- ¿Lo que interese a quién y para qué?

JULIA.- Lo que interese a todo el mundo, para evitar que haya enfrentamientos.

MARÍA.- ¿Aunque tu padre acabe en la cárcel?

JULIA.- No te pases, guapa. Mi padre está el primero de la lista, en todas las listas...

MARÍA.- No lo discuto.

JULIA.- Se lo merece. Hizo lo que todos queríamos hacer.

MARÍA.- Nosotras somos menores de edad, no tenemos derecho a querer matar a nadie.

Pausa.

JULIA.- Vamos a centrarnos en la violencia, que es lo más urgente.

MARÍA.- Sí, veamos, después de Victoria y Derrota viene Persecución y Arma. Miremos las armas que hay en el pueblo.

JULIA.- Todo es un arma.

MARÍA.- No seas tan optimista, mujer. Vamos a eliminar algo: ¿te parece bien las piedras y los misiles tierra-aire?

JULIA *se inclina sobre el diccionario.*

JULIA.- De momento, vamos a dejar las piedras.

CASA DE LINO

Los niños más pequeños, ANA, RITA, JUAN y LINO, con sus cuadernos escolares, lapiceros y gomas de borrar.

ANA.- ¿Esta es la lista del Maestro?

RITA.- La de Julia, sí.

ANA.- ¿Es para los mayores o para nosotros?

RITA.- A ellos no les interesa mucho, debe ser para nosotros.

La última lección del Maestro. Veremos cómo nuestros padres se matan los unos a los otros.

JUAN.- Y luego se comen hasta los huesos y se visten de pieles.

RITA.- En vivo y en directo.

ANA.- Eso no puede suceder, Rita.

RITA.- Pues ya llevan un muerto.

JUAN.- Ese era el Malo, no cuenta. El Maestro hubiera conseguido que lo mataran en cualquier parte, en un bar de carretera, en una pelea de perros...

ANA.- Eso se lo explicas al sheriff del condado, chaval.

JUAN.- Mi padre es pacifista y no va a matar a nadie. Si hasta le lleva las gallinas a Pele...

RITA.- Entonces, veremos el cadáver de tu padre colgando de un gancho y la luna llena al fondo.

LINO.- Si pasa eso me vengaré... Con golpes de karate, un ninja en la oscuridad, zas, zas, zas, cabezas fuera.

JUAN.- Y luego estaremos rodeados, y se nos acabará la comida, y el agua...

LINO.- Fundimos nieve, bobo.

JUAN.- ¿Cómo? Si no podemos ni sacar un brazo fuera de la casa porque los más fuertes se han comido a los delgaduchos y tienen hambre y vienen a por nosotros...

LINO.- ¡Les vamos a dar a esos chimpancés de mierda! Pero cuidado, escasean las municiones, y debemos reservarlas para el último ataque...

JUAN.- Yo seré el jefe, y cuando yo dé la orden cada uno cogemos un cuchillo de cocina de los grandes y al grito de Ahhhh, salimos y les clavamos los cuchillos por todas partes...

LINO.- Y toda la nieve se llena de sangre roja, con pedazos de carne colgando de los árboles...

LINO y JUAN *se ponen de pie de un salto y levantan los brazos.*

LINO Y JUAN.- ¡Qué masacreeeee!

LINO.- (*Sofocado.*) ¿Cuántos... quedan?

JUAN.- Solo uno, y es el más gordo, el que se los ha comido a todos.

LINO.- Entonces lo rajaremos como a un cerdo. Estamos preparados.

JUAN.- ¡Somos unos asesinos!

LINO.- ¡Del tercer curso!

JUAN.- ¡Ojo!, no debes dar pistas.

LINO.- Somos asesinos... con pasamontañas... y... y sin agujeros para que no se nos vea la boca.

JUAN.- Eso. Y no hacemos rehenes.

Pausa.

ANA.- ¿Y si el Maestro los quería vivos, a nuestros padres?

RITA.- ¿Para qué?

ANA.- Para que se torturen para siempre. Si el Maestro era tan bueno calculando las cosas, no podía fallar.

JUAN.- El Maestro era un comando solitario. Si fallaba en su misión, sus superiores no responderían por él.

LINO.- Enfermo del Vietnam o de Zurkistán, seguro.

RITA.- Seguro... Y después del recreo, toca copiar listas.

JUAN Y LINO.- ¡Nooooo!

RITA.- Somos esclavos, tenemos que escribir para la emperatriz Julia. Todos los vecinos deben tener una lista cuanto antes. Hay que copiar la lista, pero sin leer. Estas palabras hacen daño.

ANA.- Entonces, copiamos de dos en dos, y nos contamos cosas, y así nos distraemos.

RITA.- Vale, pero sin dictar, en voz baja.

Pausa.

ANA.- Y lo de la luz, Rita. ¿No lo van a solucionar? Dormir de día es muy raro.

RITA.- Cosa de los mayores. Es para que esto acabe mal...

JUAN.- Eso seguro...

LINO.- Nuestros padres tendrán que hacer algo...

JUAN.- Y falta la tira para que llegue la primavera.

LINO.- Seremos pastos de los lobos.

JUAN.- No quedan lobos.

LINO.- Pues entonces nos morderá un virus, y sin escafandras lo tenemos crudo. (*A ANA:*) Ese boli es mío.

ANA.-Es mío.

LINO.- ¡A que violo a tu mujer y mato a tus hijos!

ANA.-Soy chica, subnormal.

LINO.- Juegas fatal, siempre sacando pegas.

RITA.- Venga, a los cuadernos, que es para hoy.

POSTE DE TELÉFONOS

Luz fuerte. Las demás luces bajan de intensidad y, en cierto modo, todos miran en dirección al poste de teléfonos.

PELE y SEBAS *enfrentados, a punto de pegarse.*

PELE.- Yo solo te digo que como el viernes llame mi mujer y no esté conectado el teléfono, me voy a cabrear.

SEBAS.- ¿Es una amenaza?

PELE.- Claro, ¿qué otra cosa puede ser? No te voy a decir que es una ad-ver-ten-cia. ¿Qué crees que es esto? Se te pone de los huevos cortar el teléfono, y no esperarás que me lo tome a bien. A ver de dónde te sacas tú la autoridad para hacerlo.

SEBAS.- No quiero que nadie llame a los guardias hasta que hablemos.

PELE.- ¿Hablar? ¿No te parece que ya estamos hablando

todos demasiado? Y encima una reunión.

SEBAS.- No es cosa mía, lo pide la gente.

PELE.- ¿Qué gente?

SEBAS.- Simón dijo que tenemos que reunirnos.

PELE.- ¿Y desde cuándo haces tú lo que dice Simón?

SEBAS.- Mira, Pele, vamos a dejarlo.

PELE.- No, no vamos a dejar nada. A mí me trae sin cuidado que el Maestro haya muerto, que tú te sientas responsable y estés pidiendo a gritos un castigo. Lo que quiero es que el teléfono funcione para el viernes. Y si es antes, mejor. Debemos llamar a los guardias para decirles que el Maestro se tiró por la barranca porque estaba como una cabra. ¿De eso va la reunión, no? Hablaréis los de siempre, diréis lo que os dé la gana y, si los demás no

estamos de acuerdo, la cosa se alargará hasta que nos duela a todos la cabeza. A ti los jipis te han venido de puta madre, tienes alguien con quien conversar, pero no te equivoques conmigo, Sebas, tú no eres el alcalde ni el cura ni el representante de nadie, que de eso ya no queda, así que no puedes hacer lo que te dé la gana.

SEBAS.- De momento he cortado el teléfono.

PELE.- Te arriesgas a que te parta la cara.

SEBAS.- ¡Ojo, Pele!, que he matado a un hombre.

PELE.- ¡Tú no has matado a nadie, no seas capullo! Parece mentira que con lo listo que eres te comportes como un crío. El Maestro quería morir, y como era un cobarde de mierda se lo montó para que alguien le ayudara.

SEBAS.- Los guardias no lo verán así.

PELE.- Los guardias no son los Guardias. Los guardias son Ramos y Fidel, y si les decimos que el Maestro se tiró a la Barranca, pues se tiró y basta. Y si se ponen tontos, que se pongan.

SEBAS.- ¿Y si alguien se va de la lengua?

PELE.- ¡Qué más da! Habladurías, chismes, difamaciones de vecinos... A ver si nos van a decir ellos a nosotros lo que ha sucedido. El Maestro se tiró por la Barranca, y tú deja de decir que le empujaste. En realidad, intentaste sujetarle, pero no te dejó. Yo mismo lo vi.

SEBAS.- Todo el mundo sabe que no hubo testigos.

PELE.- ¡Y tú cómo lo sabes! ¿Hemos hablado todos con todos? ¡No! ¿Había hablado yo contigo hasta ahora? ¡No! Además, ¿quién es todo el mundo, quién le ha tomado declaración a todo el mundo, y cómo sabe todo el mundo que no hay testigos? Porque mira, resulta que

sí los hay. ¿No encuentran testigos debajo de las piedras los empresarios, los gánster, los políticos en apuros? Pues nosotros también. (*Pausa.*) Yo diré que estuve allí cuando el puñetero Maestro se tiró, ¿de acuerdo?, y a ver quien tiene cojones de decirme a la cara que miento.

SEBAS.- La ley.

PELE.- Yo me paso la ley... ¡Los libros de leyes están forrados con nuestro pellejo!

SEBAS.- No es tan fácil, Pele.

PELE.- Ah, no. ¿Has conocido alguna vez otra ley que no fuera la nuestra? ¿Alguna vez se han llevado a uno de los nuestros, si nosotros no queríamos? Cuando Simón y los suyos llegaron al pueblo, aunque eran muy diferentes a nosotros, y los guardias insistían en preguntar demasiado sobre ellos, ¿no pusimos a los guardias en su lugar?

SEBAS.- Ya, pero es que nos venían muy bien para hacer número, y así mantener la escuela abierta.

PELE.- Bobadas, son buena gente, eso es lo que pasa. Y cuando nosotros aceptamos a alguien lo defendemos sin más. Y si no nos gusta, lo echamos del pueblo.

SEBAS.- El Maestro tendría familia, investigarán...

PELE.- Pues que tengan cuidado, no vayamos a ponerles una denuncia por dejar suelto a semejante animal. No vivimos en la prehistoria, Sebas. El Maestro era un hijoputa, y he oído que tu hija intenta hacerlo pasar por un profeta, y no sé qué de una lista de palabras. Necesitáis serenaros y dejar de decir tonterías. (*Pausa.*) Y a ver si apagáis la luz de una vez y esta noche podemos dormir todos... Estáis cometiendo el mismo error que el Maestro, primero por insultar, por considerar que los demás somos idiotas y que vosotros, los listos, debéis tomar las decisiones. Y en segundo lugar por confundir

las ideas con la realidad... Y la realidad es que mañana hay que madrugar para ordeñar las vacas, que después de tres días empiezan a trastornarse. El mundo, claro, es un lugar asqueroso, y todas esas tonterías que decía el Maestro, y que se las saben ya hasta las gallinas. Nosotros no somos idiotas, Sebas, ni analfabetos, solo que tenemos cosas más importantes que hacer, como sobrevivir, algo de lo que todos esos bocazas no tienen que ocuparse, que para eso trabajamos nosotros.

SEBAS.- Joder, Pele, te estás despachando a gusto, nunca te había oído hablar así...

PELE.- Es que los listos nunca nos dejáis hablar a los demás, y por eso pensáis que no entendemos las cosas. Escucha, Sebas, yo no soy más bruto que tú porque se me acaben primero los argumentos, sino porque me aburren los liantes, y los mirones, y todos los que nunca se meten en la zanja y se dedican a dar buenos consejos desde arriba. A los listos os dejamos hablar porque somos

muy amables, se os nota que no servís para otra cosa.

SEBAS.- Sin faltar.

PELE.- Eso otro día, hoy toca lo que yo diga. Mañana, a mediodía, estaré aquí para volver a conectar el teléfono.

SEBAS.- ¿Y si yo no vengo?

PELE.- Pues no vengas, criatura, ya buscaré a alguien que me ayude. ¿O qué esperabas, que te dijera que voy a salir con el hacha, y que si no vienes me presentaré delante de tu casa dando gritos de paleta descerebrado? No me jodas, Sebas. Esto se tiene que acabar. A partir de ahora yo soy tu testigo. Mejor, el Testigo. Un testigo violento, y si cualquiera, tú mismo, me lleva la contraria y dice que yo no vi suicidarse al Maestro, que se atenga a las consecuencias. ¿Estás de acuerdo? Bueno, y a mí que cojones me importa que estés de acuerdo. Lo que he dicho es lo que he dicho y punto. Buenas noches, Sebas.

SEBAS.- Buenas noches, Pele.

Se apaga la luz del poste de teléfonos y se encienden todas las demás.

Hay un gran silencio. Las luces se van apagando lentamente.

Pausa larga.

Está amaneciendo. Luz suave en todas las casas. Fuerte en la escuela.

PABLO recorre las casas con una cesta. En la casa de JUANÍN, PELE le entrega unos chorizos, le da unas palmadas en las espalda y, cuando se marcha, apagan la luz. Otro tanto sucede en el resto de las casas: PABLO les da la buena noticia, le regalan comida y apagan la luz. En la casa de LINO recoge a ANA y la lleva con los suyos. La última casa en visitar es la suya; allí deja la cesta y carga con la trampa del oso.

ESCUELA, casa del Maestro

PABLO *llega a la escuela. JULIA y MARÍA están ordenando el escritorio. PABLO se sienta en el suelo a montar la trampa del oso. Pausa. La luz del sol entra en la escuela.*

MARÍA.- Entonces, si crees de verdad que ahí afuera no hay osos... no entiendo por qué fabricas una trampa para osos.

PABLO.- Una trampa para ese oso en concreto. El último oso.

JULIA.- Encima. Es el último oso, y vas tú y te lo cargas.

PABLO.- Yo fabrico la trampa para el último oso. Pero no he dicho que me lo vaya a cargar.

MARÍA.- ¿Entonces?

PABLO.- Si al último oso se le ocurre venir por aquí, ¿tú crees que vendrá solo? Vendrá rodeado de cámaras de

televisión, reporteros, los del telediario... El pobre oso estará muerto de miedo, y yo le enseñaré la trampa para que sepa reconocer a un amigo. Alguien que lleva tiempo preocupado por él. El oso preferirá la trampa, vendrá conmigo.

JULIA.- Visto así, parece hasta romántico.

MARÍA.- Pues yo que pensaba que querías cazarlo...

PABLO.- Y era cierto, pero he cambiado de idea. Lo voy a cazar de otra forma. Es fundamental que la trampa se vea rota, que no funcione, entonces el oso confiará en mí. Esa es la verdadera trampa. Tendré el último oso, atado, pero sin cadenas.

JULIA.- Estás poniendo en práctica las enseñanzas del Maestro.

PABLO.- Algo tendré que sacar de todo esto, ahora que se ha

terminado.

JULIA.- Pues yo me quedo el diccionario... ¿Seguro que se ha terminado?

PABLO.- Tan seguro como que no ha sucedido. Todo el pueblo está decidido a encubrir a tu padre, la realidad ha cambiado y aquí no ha pasado nada. El Maestro se suicidó, tu padre intentó impedirselo pero no pudo, Pele fue testigo.

Pausa.

JULIA.- En serio, ¿qué vas a hacer con la trampa del oso?

PABLO.- Puede que la tire a la Barranca, a ver si le acierto en la cabeza al cadáver del Maestro. O la dejo aquí para el siguiente maestro...

MARÍA.- Dentro de poco, no podremos ni mencionar al

Maestro, al menos delante de nuestros padres.

PABLO.- Mejor así. Lo que no ha sucedido es fácil de olvidar.

Siento lástima por el próximo maestro que venga al pueblo, se lo vamos a poner muy crudo.

JULIA.- Nunca entenderá lo que hay en nuestras miradas.

MARÍA.- Y como se pase un pelo... a la Barranca.

PABLO.- En plan tradición popular.

JULIA.- La próxima vez que le toque a otro, y no a mi padre.

PABLO.- No hay que delegar, Julia. Somos menores de edad, la próxima vez lo haremos nosotros.

Los tres reflexionan. Luego ríen a carcajadas.

Pausa larga.

JULIA *apaga la luz de la ESCUELA.*

TELÓN

